



# Libro de poemas

FEDERICO GARCÍA LORCA

**Federico García Lorca**

**Libro de poemas**

**[bajalibros.com](http://bajalibros.com)**

**Bajalibros.com**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-894-6

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7



## POÉTICA

(De viva voz a G[erardo] D[iego].)

Pero, ¿qué voy a decir yo de la Poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle y nada más. Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la Poesía. Eso déjaselo a los críticos y profesores. Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía.

Aquí está: mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas si no cambiara de opinión cada cinco minutos. No sé. Puede que algún día me guste la poesía mala muchísimo, como me gusta (nos gusta) hoy la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche para empezar a levantarlo por la mañana y no terminarlo nunca.

En mis conferencias he hablado a veces de la Poesía, pero de lo único que no puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios -o del demonio-, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema.

#### PALABRAS DE JUSTIFICACION

Ofrezco en este libro, todo ardor juvenil, tortura y ambición sin medida, la imagen exacta de mis días de adolescencia y juventud, esos días que enlazan el instante de hoy con mi infancia reciente.

En estas páginas desordenadas va el reflejo fiel de mi corazón y de mis ansias teñido del matiz que le prestara, al poseerlo, la vida palpitante en torno, recién nacida para mi mirada.

Se hermana el nacimiento de cada una de estas poesías que tienes en tus manos, lector, al propio nacer de un brote nuevo del árbol músico de mi vida en flor. Ruindad fuera el menospreciar esta obra que tan enlazada está a mi propia vida.

Sobre su incorrección, sobre su limitación, segura, tendrá este libro la virtud, entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega, sobre un fondo de serranía.

(1921)

VELETA

Julio de 1920. (Fuente Vaqueros, Granada.)

Viento del Sur,  
moreno, ardiente,  
llegas sobre mi carne,  
tiayéndome semilla  
de brillantes  
miradas,  
empapado de azahares.

Pones roja la luna  
y sollozantes los  
álamos cautivos, pero vienes  
demasiado tarde!  
¡ya he enrollado la noche de mi cuento  
en el estante!

Sin ningún viento,  
¡hazme caso!  
gira, corazón;  
gira, corazón.

Aire del Norte,  
¡oso blanco del viento!  
llegas sobre mi carne  
tembloroso de auroras boreales,  
con tu capa de espectros capitanes,  
y riyéndote a gritos del Dante,  
¡oh pulidor de estrellas!  
pero vienes demasiado tarde.

Mi almario está musgoso  
y he perdido la llave.

Sin ningún viento,  
¡hazme caso!  
gira, corazón;  
gira, corazón.

Brisas, gnomos y vientos de  
ninguna parte.  
Mosquitos de  
la rosa  
de pétalos pirámides.  
Alisios destetados  
entre los rudos árboles, flautas en la tormenta,  
¡dejadme!  
tiene recias cadenas  
mi recuerdo,  
y está cautiva el ave que dibuja con trinos  
la tarde.

Las cosas que se van no vuelven nunca  
todo el mundo lo sabe,  
y entre el claro gentío de los vientos  
es inútil quejarse. ,  
¿Verdad, chopo, maestro de la brisa?  
¡es inútil quejarse!

Sin ningún viento,  
¡hazme caso!  
gira, corazón;  
gira, corazón.

LOS ENCUENTROS DE UN CARACOL AVENTURERO  
Diciembre de 1918. (Granada.)  
A Ramón P. Roda.

Hay dulzura infantil  
en la mañana quieta.

Los árboles extienden  
sus brazos a la tierra.

Un vaho tembloroso  
cubre las sementeras,  
y las arañas tienden  
sus caminos de seda  
-rayas al cristal limpio del aire.-  
En la alameda  
un manantial recita  
su canto entre las hierbas.  
y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda,  
ignorado y humilde,  
el paisáje contempla..  
La divina quietud  
de la Naturaleza  
le dio valor y fe,  
y olvidando las penas  
de su hogar, deseó  
ver el fin de la senda.

Echó a andar a internóse  
en un bosque de yedras  
y de ortigas. En medio  
había dos ranas viejas  
que tomaban el sol, aburridas  
y enfermas.

Esos cantos modernos,  
murmuraba una de ellas,  
son inútiles. Todos,  
amiga, le contesta  
la otra rana,  
que estaba herida  
y casi ciega:  
cuando joven creía  
que si al fin Dios oyera  
nuestro canto, tendría  
compasión. Y mi ciencia,  
pues ya he vivido mucho, hace que no lo crea,  
yo ya no canto más...

Las dos ranas se quejan  
pidiendo una limosna  
a una ranita nueva que  
pasa presumida apartando las hierbas.

Ante el bosque sombrío  
el caracol se aterra.  
Quiere gritar. No puede.  
Las rams se le acercan.

¿Es una mariposa?,  
dice la casi ciega.

Tiene dos cuernecitos,  
la otra rana contesta.

Es el caracol. ¿Vienes,  
caracol, de otras tierras?

Vengo de mi casa y quiero  
volverme muy pronto a ella.  
Es un bicho muy cobarde,  
exclama la rana ciega.  
¿No cantas nunca? No canto,  
dice el caracol. ¿Ni rezas?  
Tampoco: nunca aprendí.  
¿Ni crees en la vida eterna?  
¿Qué es eso?  
Pues vivir siempre  
en el agua más serena,  
junto a una tierra florida  
que a un rico manjar sustenta.  
Cuando niño a mí me dijo,  
un día, mi pobre abuela  
que al morirme yo me iría  
sobre las hojas más tiernas de los árboles más altos.

Una hereje era tu abuela.  
La verdad te la decimos  
nosotras. Creerás en ella,  
dicen las ranas furiosas.

¿Por qué quise ver la senda?  
gime el caracol. Sí creo  
por siempre en la vida eterna  
que predicáis...

Las ranas,  
muy pensativas, se alejan,  
y el caracol, asustado,  
se va perdiendo en la selva.

Las dos ranas mendigas  
como esfinges se quedan.  
Una de ellas pregunta:  
¿Crees tú en la vida eterna?  
Yo no, dice muy triste  
la rana herida  
y ciega.  
¿Por qué hemos dicho, entonces,  
al caracol que crea?  
Porque... No sé por qué,  
dice la rana ciega.  
Me lleno de emoción  
al sentir la firmeza  
con que llaman mis hijos  
a Dios desde la acequia...

El pobre caracol  
vuelve atrás. Ya en la senda  
un silencio ondulado  
mana de la alameda.  
Con un grupo de hormigas  
encarnadas se encuentra.  
Van muy alborotadas,  
arrastrando tras ellas  
a otra hormiga que  
tiene tronchadas las antenas.  
El caracol exclama:  
hormiguitas, paciencia.

¿Por qué así maltratáis a  
vuestra compañera?  
Contadme lo que ha hecho.  
Yo juzgaré en conciencia.  
Cuéntalo tú, hormiguita.

La hormiga medio muerta,  
dice muy tristemente:  
yo he visto las estrellas.  
¿Qué son estrellas?, dicen  
las hormigas inquietas.  
Y el caracol pregunta  
pensativo: ¿estrellas?  
Sí, repite la hormiga,  
he visto las estrellas.  
Subí al árbol más alto  
que tiene la alameda  
y vi miles de ojos dentro  
de mis tinieblas.  
El caracol pregunta:  
¿pero qué son estrellas?  
Son luces que llevamos  
sobre nuestra cabeza.  
Nosotras no  
las vemos, las hormigas comentan.  
Y el caracol: mi vista  
sólo alcanza a las hierbas.

Las hormigas exclaman  
moviendo sus antenas:  
te mataremos, eres perezosa y perversa.  
El trabajo es tu ley.

Yo he visto a las estrellas,  
dice la hormiga herida.  
Y el caracol sentencia:  
dejadla que se vaya,  
seguid vuestras faenas.  
Es fácil que muy pronto ya rendida se muera.

Por el aire dulzón  
ha cruzado una abeja. La hormiga agonizando huele la tarde inmensa  
y dice: es la que viene  
a llevarme a una estrella.

Las demás hormiguitas  
huyen al verla muerta.

El caracol suspira  
y aturdido se aleja lleno de confusión  
por lo eterno.  
La senda no tiene fin, exclama.  
Acaso a las estrellas  
se llegue por aquí.  
Pero mi gran torpeza  
me impedirá llegar.

No hay que pensar en ellas.  
Todo estaba brumoso de  
sol débil y niebla.  
Campanarios lejanos  
llaman gente a la iglesia.  
y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda, aturdido a inquieto  
el paisaje contempla.



CANCION OTOÑAL  
Noviembre de 1918. (Granada.)

Hoy siento en el corazón  
un vago temblor de estrellas,  
pero mi senda se pierde  
en el alma de la niebla.  
La luz me troncha las alas  
y el dolor de mi tristeza

va mojando los recuerdos  
en la fuente de la idea.

Todas las rosas son blancas,  
tan blancas como mi pena,  
y no son las rosas blancas.  
que ha nevado sobre ellas.  
Antes tuvieron el iris.  
También sobre el alma nieva.  
La nieve del alma tiene  
copos de besos  
y escenas  
que se hundieron en la sombra o en la luz del que las piensa.

La nieve cae de las rosas  
pero la del alma queda,  
y la garra de los años  
hace un sudario con ellas.

¿Se deshelará la nieve  
cuando la muerte nos lleva?  
¿O después habrá otra nieve  
y otras rosas más perfectas?

¿Será la paz con nosotros  
como Cristo nos enseña?  
¿O nunca será posible  
la solución del problema?

¿Y si el amor nos engaña?  
¿Quién la vida nos alienta  
si el crepúsculo nos hunde  
en la verdadera ciencia  
del bien que quizá no exista  
y del mal que late cerca?

¿Si la esperanza se apaga  
y la Babel se comienza  
qué antorcha iluminará  
los caminos en la Tierra?

¿Si el azul es un ensueño  
qué será de la inocencia?  
¿Qué será del corazón  
si el amor no tiene flechas?

¿Y si la muerte es la muerte  
qué será de los poetas  
y de las cosas dormidas que ya nadie las recuerda?  
¡Oh sol de las esperanzas!  
¡Agua clara!  
¡Luna nueva!  
¡Corazones de los niños!  
¡Almas rudas de las piedras!  
Hoy siento en el corazón

un vago temblor de estrellas  
y todas las rosas son  
tan blancas como mi pena.

CANCION PRIMAVERAL  
28 de marzo de 1919. (Granada.)

I

Salen los niños alegres  
de la escuela,  
poniendo en el aire tibio  
del abril, canciones tiernas.  
¡Qué alegría tiene el hondo  
silencio de la calleja!  
Un silencio hecho  
pedazos por risas de plata nueva.

II

Voy camino de la tarde  
entre flores de la huerta,  
dejando sobre el camino  
el agua de mi tristeza.  
En el monte solitario,  
un cementerio de aldea  
parece un campo sembrado  
con granos de calaveras.  
Y han florecido cipreses  
como gigantes cabezas  
que con órbitas vacías  
y verdosas cabelleras,  
pensativos y dolientes  
el horizonte contemplan.

¡Abril divino, que vienes  
cargado de sol y esencias,  
llena con nidos de oro  
las floridas calaveras!

CANCIÓN MENOR  
Diciembre de 1918. (Granada.)

Tienen gotas de rocío  
las alas del ruiseñor,  
gotas  
claras de la luna cuajadas por su ilusión.

Tiene el mármol de  
la fuente el beso del surtidor,  
sueño de estrellas humildes.

Las niñas de los jardines  
me dicen todas adiós  
cuando paso. Las campanas  
también me dicen adiós.  
Y los árboles se besan  
en el crepúsculo. Yo  
voy llorando por la calle,  
grotesco y sin  
solución, con tristeza de Cyrano  
y de Quijote, redentor  
de imposibles infinitos

con el ritmo del reloj.  
Y veo secarse los lirios al  
contacto de mi voz  
manchada de luz sangrienta,  
y en mi lírica canción  
llevo galas de payaso  
empolvado. El amor  
bello y lindo se ha escondido bajo una araña. El sol  
como otra araña me oculta  
con sus patas de oro. No conseguiré mi ventura,  
pues soy como el mismo Amor,  
cuyas flechas son de llanto,  
y el carcaj el corazón.

Daré todo a los demás y  
lloraré mi pasión como  
niño abandonado en  
cuento que se borró.

ELEGIA A DOÑA JUANA LA LOCA

Diciembre de 1918. (Granada.)

A Melchor Fernández Almagro.

Princesa enamorada sin ser correspondida.  
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.  
La tumba que te guarda rezuma tu tristeza  
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

Eras una paloma con alma gigantesca cuyo  
nido fue sangre del suelo castellano,  
derramaste tu fuego sobre un cáliz de nieve  
y al querer alentarlo tus alas se troncharon.

Soñabas que tu amor fuera como el infante  
que te sigue sumiso recogiendo tu manto.  
Y en vez de flores, versos y collares de perlas,  
te dio la Muerte rosas marchitas en un ramo.

Tenías en el pecho la formidable aurora  
de Isabel de Segura. Melibea. Tu canto  
como alondra que mira quebrarse el horizonte  
se torna de repente monótono y amargo.

Y tu grito estremece los cimientos de Burgos  
y oprime la salmodia del coro cartujano,  
y choca con los ecos de las lentas campanas  
perdiéndose en la sombra tembloroso y rasgado.  
Tenías la pasión que da el cielo de España,  
la pasión del puñal, de la ojera y el llanto.  
¡Oh princesa divina de crepúsculo rojo  
con la rueca de hierro y de acero lo hilado!

Nunca tuviste el nido, ni el madrigal doliente  
ni el laúd juglaresco que solloza lejano.  
Tu juglar fue un mancebo con escamas de plata  
y un eco de trompeta su acento enamorado.

Y sin embargo, estabas para el amor formada,  
hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo,  
para llorar tristezas sobre el pecho querido  
deshojando una rosa de olor entre los labios.

Para mirar la luna bordada sobre el río  
y sentir la nostalgia que en sí lleva el rebaño  
y mirar los eternos jardines de la sombra,  
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!

¿Tienes los ojos negros abiertos a la luz  
o se enredan serpientes a tus senos exhaustos...?  
¿Dónde fueron tus besos lanzados a los vientos?  
¿Dónde fue la tristeza de tu amor desgraciado?  
En el cofre de plomo, dentro de tu esqueleto,  
tendrás el corazón partido en mil pedazos.

Y Granada te guarda como santa reliquia,  
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!  
Eloísa y Julieta fueron dos margaritas  
pero tú fuiste un rojo clavel ensangrentado  
que vino de la tierra dorada de Castilla,  
a dormir entre nieve y cipresales castos.

Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,  
los cipreses tus cirios, la sierra tu retablo.  
Un retablo de nieve que mitigue tus ansias,

¡con el agua que pasa junto a ti! ¡La del Dauro!

Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,  
la de las torres viejas y del jardín callado,  
la de la yedra muerta sobre los muros rojos,  
la de la niebla azul y el arrayán romántico.

Princesa enamorada y mal correspondida.  
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.  
La tumba que te guarda rezuma to tristeza  
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

¡CIGARRA!

3 de agosto de 1918. (Fuente Vaqueros, Granada.)

A Maria Luisa.

¡Cigarra!

¡Dichosa tú!,  
que sobre el lecho de tierra  
mueres borracha de luz.

Tú sabes de las campiñas  
el secreto de la vida,  
y el cuento del hada vieja  
que nacer hierba sentía  
en ti quedóse guardado.

¡Cigarra!

¡Dichosa tú!,  
pues mueres bajo la sangre  
de un corazón todo azul.  
La luz es Dios que desciende  
y el sol  
brecha por donde se filtra.

¡Cigarra!

¡Dichosa tú!,  
pues sientes en la agonía  
todo el peso del azul.

Todo lo vivo que pasa  
por las puertas de la muerte  
va con la cabeza baja  
y un aire blanco durmiente.  
Con habla de pensamiento.  
Sin sonidos...  
Tristemente,  
cubierto con el silencio  
que es el manto de la muerte

Mas tú, cigarra encantada,  
derramando son te mueres  
y quedas transfigurada  
en sonido y luz celeste.

¡Cigarra!

¡Dichosa tú!,  
pues te envuelve con su manto  
el propio Espíritu Santo,  
que es la luz.

¡Cigarra!

Estrella sonora  
sobre los campos dormidos,  
vieja amiga de las ranas  
y de los oscuros grillos,  
tienes sepulcros de oro  
en los rayos tremolinos  
del sol que dulce te hiera  
en la fuerza del estío,  
y el sol se lleva tu alma  
para hacerla luz.

Sea mi corazón cigarra  
sobre los campos divinos.  
Que muera cantando lento  
por el cielo azul herido

y cuando esté ya expirando  
una mujer que adivino  
lo derrame eon sus manos  
por el polvo.

Y mi sangre sobre el campo  
sea rosado y dulce limo  
donde claven sus azadas  
los cansados campesinos.

¡Cigarra!  
¡Dichosa tú!,  
pues te hieren las espadas invisibles  
del azul

BALADA TRISTE  
(PEQUEÑO POEMA  
Abril de 1918. (Granada.)

¡Mi corazón es una mariposa,  
niños buenos del prado!  
que presa por la araña gris del tiempo  
tiene el polen fatal del desengaño.  
De niño yo canté como vosotros,  
niños buenos del prado,  
solté mi gavilán con las temible;  
cuatro uñas de gato,  
Pasé por el jardín de Cartagena  
la verbena invocando  
y perdí la sortija de mi dicha  
al pasar el arroyo imaginario.

Fui también caballero  
una tarde fresquita de mayo.  
Ella era entonces para mí el enigma,  
Estrella azul sobre mi pecho intacto.  
Cabalgué lentamente hacia los cielos,  
era un domingo de piperigallo,  
y vi que en vez de rosas y claveles  
ellá tronchaba lirios con sus manos.

Yo siempre fui intranquilo,  
niños buenos del prado,  
el ella del romance me sumía  
en ensoñares claros:  
¿Quién será la que coge los claveles y las rosas de mayo?  
¿Y por qué la verán sólo los niños  
a lomos de Pegaso?  
¿Será esa misma la que en los rondones  
con tristeza llamamos  
estrella, suplicándole que salga  
a danzar por el campo?...

En abril de mi infancia yo cantaba,  
niños buenos del prado,  
la ella impenetrable del romance  
donde sale Pegaso.  
Yo decía en las noches la tristeza  
de mi amor ignorado,  
y la luna lunera ¡qué sonrisa  
ponía entre sus labios!  
¿Quién será la que corta los claveles  
y las rosas de mayo?  
Y de aquella chiquita, tan bonita,  
que su madre ha casado,  
¿en qué oculto rincón de cementerio  
dormirá su fracaso?

Yo solo con mi amor desconocido,  
sin corazón, sin llantos,  
hacia el techo imposible de los cielos  
con un gran sol por báculo.

¡Qué tristeza tan seria me da sombra!  
niños buenos del prado,  
cómo recuerda dulce el corazón  
los días ya lejanos...  
¿Quién será la que corta los claveles  
y las rosas de mayo?



## MAÑANA

7 de agosto de 1918. (Fuente Vaqueros, Granada.)

A Fernando Marchesi.

Y la canción del agua  
es una cosa eterna.

Es la savia entrañable  
que madura los campos.  
Es sangre de poetas  
que dejaron sus almas  
perderse en los senderos  
de la Naturaleza.

¡Qué armonías derrama  
al brotar de la peña!  
Se abandona a los hombre  
con sus dulces cadencias,

La mañana está clara.  
Los hogares humean,  
y son los humos brazos  
que levanta la niebla.  
Escuchad los romances  
del agua en las choperas.  
¡Son pájaros sin alas  
perdidos entre hierbas!

Los árboles que cantan  
se tronchan y se secan.  
Y se tornan llanuras  
las montañas serenas.  
Mas la canción del agua  
es una cosa eterna.

Ella es luz hecha canto  
de ilusiones románticas.  
Ella es firme y suave  
llena de cielo y mansa.  
Ella es niebla y es rosa  
de la eterna mañana.  
Miel de luna que fluye  
de estrellas enterradas.  
¿Qué es el santo bautismo,  
sino Dios hecho agua  
que nos unge las frentes  
con su sangre de gracia?  
Por algo Jesucristo  
en ella confirmóse,  
por algo las estrellas  
en sus ondas descansan.  
Por algo madre Venus  
en su seno engendróse,  
que amor de amor tomamos cuando bebemos agua.

Es el amor que corre  
todo manso y divino,  
es la vida del mundo,  
la historia de su alma.

Ella lleva secretos  
de las bocas humanas,  
pues todos la besamos  
y la sed nos apaga.  
Es un arca de besos

de bocas ya cerradas,  
es eterna cautiva,  
del corazón hermana.

Cristo debió decirnos:  
"Confesaos con el agua  
de todos los dolores,  
de todas las infamias.  
¿A quién mejor, hermanos,  
entregar nuestras ansias  
que a ella que sube al cielo  
en envolturas blancas?"

No hay estado perfecto  
como al tomar el agua,  
nos volvemos más niños  
y más buenos: y pasan  
nuestras penas vestidas  
con rosadas guirnaldas.  
Y los ojos se pierden  
en regiones doradas.  
¡Oh fortuna divina  
por ninguno ignorada!  
Agua dulce en que tantos  
sus espíritus lavan,  
no hay nada comparable  
con tus orillas santas  
si una tristeza honda  
nos ha dado sus alas.

LA SOMBRA DE MI ALMA  
Diciembre de 1919. (Madrid.)

La sombra de mi alma  
huye por un ocaso de alfabetos,  
niebla de libros  
y palabras.

¡La sombra de mi alma!

He llegado a la línea donde cesa  
la nostalgia  
y la gota de llanto se transforma  
alabastro de espíritu.  
(¡La sombra de mi alma!)  
El copo del dolor  
se acaba,  
pero queda la razón y la sustancia  
de mi viejo mediodía de labios,  
de mi viejo mediodía  
de miradas.

Un turbio laberinto  
de estrellas ahumadas  
enreda mi ilusión  
casi marchita.  
¡La sombra de mi alma!  
Y una alucinación  
Me ordeña las miradas.  
Veo la palabra amor  
desmoronada.

¡Rruiseñor mío!  
¡Rruiseñor!  
¿Aún cantas?

## LLUVIA

Enero de 1919. (Granada.)

La lluvia tiene un vago secreto de ternura,  
algo de soñolencia resignada y amable.  
Una música humilde se despierta con ella  
que hace vibrar el alma dormida del paisaje.

Es un besar azul que recibe la Tierra,  
el mito primitivo que vuelve a realizarse.  
El contacto ya frío de cielo y tierra viejos  
con una mansedumbre de atardecer constante.

Es la aurora del fruto. La que nos trae las flores  
y nos unge de espíritu santo de los mares.  
La que derrama vida sobre las sementeras  
y en el alma tristeza de lo que no se sabe.

La nostalgia terrible de una vida perdida,  
el fatal sentimiento de haber nacido tarde,  
o la ilusión inquieta de un mañana imposible  
con la inquietud cercana del dolor de la carne.

El amor se despierta en el gris de su ritmo,  
nuestro cielo interior tiene un triunfo de sangre,  
pero nuestro optimismo se convierte en tristeza,  
al contemplar las gotas muertas en los cristales.

Y son las gotas ojos de infinito que miran  
al infinito blanco que les sirvió de madre.

Cada gota de lluvia tiembla en el cristal turbio  
y le dejan divinas heridas de diamante.  
Son poetas del agua que han visto y que meditan  
lo que la muchedumbre de los ríos no sabe.

¡Oh lluvia silenciosa, sin tormentas ni vientos,  
lluvia mansa y serena de esquila y luz suave,  
lluvia buena y pacífica que eres la verdadera,  
la que amorosa y triste sobre las cosas caes!

¡Oh lluvia franciscana que llevas a tus gotas  
almas de fuentes claras y humildes manantiales!  
Cuando sobre los campos descienes lentamente  
las rosas de mi pecho con tus sonidos abres.

El canto primitivo que dices al silencio  
y la historia sonora que cuentas al ramaje  
los comenta llorando mi corazón desierto  
en un negro y profundo pentagrama sin clave.

Mi alma tiene tristeza de la lluvia serena,  
tristeza resignada de cosa irrealizable.  
Tengo en el horizonte un lucero encendido  
y el corazón me impide que corra a contemplarle.

¡Oh lluvia silenciosa que los árboles aman y  
eres sobre el piano dulzura emocionante. Das  
al alma las mismas nieblas y resonancias que  
pones en el alma dormida del paisaje!

SI MIS MANOS PUDIERAN DESHOJAR  
10 de noviembre de 1919. (Granada.)

Yo pronuncio tu nombre  
en las noches oscuras,  
cuando vienen los astros  
a beber en la luna  
y duermen los ramajes  
de las frondas ocultas.  
Y yo me siento hueco  
de pasión y de música.  
Loco reloj que canta  
muertas horas antiguas.

Yo pronuncio tu nombre,  
en esta noche oscura,  
y tu nombre me suena  
más lejano que nunca.

Más lejano que todas las estrellas  
y más doliente que la mansa lluvia

¿Te querré como entonces  
alguna vez? ¿Qué culpa  
tiene mi corazón?  
Si la niebla se esfuma  
¿qué otra pasión me espera?  
¿será tranquila y pura?  
¡¡si mis dedos pudieran  
deshojar a la luna!!

EL CANTO DE LA MIEL  
Noviembre de 1918. (Granada.)

La miel es la palabra de Cristo,  
el oro derretido de su amor.  
El más allá del néctar,  
la momia de la luz del paraíso.

La colmena es una estrella casta,  
pozo de ámbar que alimenta el ritmo  
de las abejas. Seno de los campos  
tembloroso de aromas y zumbidos.

La miel es la epopeya del amor,  
la materialidad de lo infinito.  
Alma y sangre doliente de las flores  
condensada a través de otro espíritu.

(Así la miel del hombre es la poesía  
que mana de su pecho dolorido,  
de un panal con la cera del recuerdo  
formado por la abeja de lo íntimo.)  
La miel es la bucólica lejana  
del pastor, la dulzaina y el olivo,  
hermana de la leche y las bellotas,  
reinas supremas del dorado siglo.

La miel es como el sol de la mañana,  
tiene toda la gracia del estío  
y la frescura vieja del otoño.  
Es la hoja marchita y es el trigo.

¡Oh divino licor de la humildad,  
sereno como un verso primitivo!

La armonía hecha carne tú eres  
el resumen genial de lo lírico.  
En ti duerme la melancolía,  
el secreto del beso y del grito.

Dulcísima. Dulce. Éste es to adjetivo.  
Dulce como los vientres de las hembras.  
Dulce como los ojos de los niños.  
Dulce como la sombra de la noche.  
Dulce como una voz.  
O como un lirio.

Para el que lleva la pena y la lira,  
eres sol que ilumina el camino.  
Equivales a todas las bellezas,  
al color, a la luz, a los sonidos.

¡Oh! Divino licor de la esperanza,  
donde la perfección del equilibrio  
llegan alma y materia en unidad  
como en la hostia cuerpo y luz de Cristo.

Y el alma superior es de las flores.  
¡Oh licor que esas almas has unido!  
El que to gusta no sabe que traga  
un resumen dorado del lirismo.

## ELEGIA

Diciembre de 1918. (Granada.)

Como un incensario lleno de deseos,  
pasas en la tarde luminosa y clara  
con la carne oscura de nardo marchito  
y el sexo potente sobre tu mirada.

Llevas en la boca to melancolía  
de pureza muerta, y en la dionisiaca  
copa de tu vientre la araña que teje  
el velo infecundo que cubre la entraña  
nunca florecida con las vivas rosas  
fruto de los besos.

En tus manos blancas  
llevas la madeja de tus ilusiones,  
muertas para siempre, y  
sobre tu alma la pasión  
hambrienta de besos de  
fuego y tu amor de madre  
que sueña lejanas  
visiones de cunas en ambientes quietos,  
hilando en los labios lo azul de la nana.

Como Ceres dieras tus espigas de oro  
si el amor dormido to cuerpo.tocara,  
y como la virgen María pudieras  
brotar de tus senos otra vía láctea.

Te marchitarás como la magnolia.  
Nadie besará tus muslos de brasa.  
Ni a tu cabellera llegarán los dedos  
que la pulsen como las cuerdas de un arpa.

¡Oh mujer potente de ébano y de nardo!  
cuyo aliento tiene blancor de biznagas.  
Venus del mantón de Manila que sabe  
del vino de Málaga y de la guitarra.

¡Oh cisne moreno!, cuyo lago tiene  
lotos de saetas, olas de naranjas  
y espumas de rojos claveles que aroman  
los nidos marchitos que hay bajo sus alas.

Nadie te fecunda. Mártir andaluza, tus  
besos debieron ser bajo una parra  
plenos del silencio que tiene la noche  
y del ritmo turbio del agua estancada.

Pero tus ojeras se van agrandando  
y tu pelo negro va siendo de plata;  
tus senos resbalan escanciando aromas  
y empieza a curvarse tu espléndida espalda.

¡Oh mujer esbelta, maternal y ardiente!  
Virgen dolorosa que tiene clavadas  
todas las estrellas del cielo profundo  
en su corazón ya sin esperanza.

Eres el espejo de una Andalucía  
que sufre pasiones gigantes y calla,  
pasiones medidas por los abanicos  
y por las mantillas sobre las gargantas  
que tienen temblores de sangre, de nieve

y arañazos rojos hechos por miradas.

Te vas por la niebla del otoño, virgen  
como Inés, Cecilia, y la dulce Clara,  
siendo una bacante que hubiera danzado  
de pámpanos verdes y vid coronada.

La tristeza inmensa que flota en tus ojos  
nos dice tu vida rota y fracasada,  
la monotonía de tu ambiente pobre  
viendo pasar gente desde tu ventana,  
oyendo la lluvia sobre la amargura  
que tiene la vieja calle provinciana,  
mientras que a to lejos suenan los clamores  
turbios y confusos de unas campanadas.

Mas en vano escuchaste los acentos del aire. Nunca llegó a tu oído la dulce serenata.  
Detrás de tus cristales aún miras anhelante:  
¡Qué tristeza tan honda tendrás dentro del alma al sentir en el pecho ya cansado y  
exhausto  
la pasión de una niña recién enamorada!

Tu cuerpo irá a la tumba intacto de emociones.  
Sobre la oscura tierra brotará una alborada.  
De tus ojos saldrán dos claveles sangrientos  
y de tus senos rosas como la nieve blancas.  
Pero tu gran tristeza se irá con las estrellas,  
como otra estrella digna de herirlas y eclipsarlas.

SANTIAGO  
(BALADA INGENUA)  
25 de julio de 1918. (Fuente Vaqueros, Granada.)

I

Esta noche ha pasado Santiago  
su camino de luz en el cielo.  
Lo comentan los niños jugando  
con el agua de un cauce sereno.

¿Dónde va el peregrino celeste  
por el claro, infinito sendero?  
Va a la aurora que brilla en el fondo  
en caballo blanco como el hielo.

¡Niños chicos, cantad en el prado  
horadando con risas el viento!  
Dice un hombre que ha visto a Santiago  
en tropel con doscientos guerreros.  
Iban todos cubiertos de luces,  
con guirnaldas de verdes luceros,  
y el caballo que monta Santiago  
era un astro de brillos intensos.

Dice el hombre que cuenta la historia  
que en la noche dormida se oyeron  
tremolar plateado de alas  
que en sus ondas llevóse el silencio.

¿Qué sería que el río paróse?  
Eran ángeles los caballeros.

¡Niños chicos, cantad en el prado  
horadando con risas el viento!

Es la noche de luna menguante.  
¡Escuchad! ¿Qué se siente en el cielo,  
que los grillos refuerzan sus cuerdas  
y dan voces los perros vegueros?

-Madre abuela, ¿cuál es el camino,  
madre abuela, que yo no to veo?

-Mira bien y verás una cinta  
de polvillo harinoso y espeso,  
un borrón que parece de plata  
o de nácar. ¿Lo ves?  
-Ya lo veo.

-Madre abuela, ¿dónde está Santiago?  
-Por allí marcha, con su cortejo,  
la cabeza llena de plumajes  
y de perlas muy finas el cuerpo,  
con la luna rendida a sus plantas,  
con el sol escondido en el pecho.

Esta noche en la vega se escuchan  
los relatos brumosos del cuento.

¡Niños chicos, cantad en el prado,  
horadando con risas el viento!

II

Una vieja que vive muy pobre  
en la parte más alta del pueblo,

que posee una rueca inservible,  
una virgen y dos gatos negros,  
mientras hace la ruda calceta  
con sus secos y temblones dedos,  
rodeada de buenas comadres,  
y de sucios chiquillos traviesos,  
en la paz de la noche tranquila,  
con las sierras perdidas en negro,  
va contando con ritmos tardíos  
la visión que ella tuvo en sus tiempos.

Ella vio en una noche lejana  
como ésta, sin ruidos ni vientos,  
al apóstol Santiago en persona,  
peregrino en la tierra del cielo.

-Y comadre, ¿cómo iba vestido?-  
le preguntan dos voces a un tiempo.

-Con bordón de esmeraldas y perlas  
y una túnica de terciopelo.

Cuando hubo pasado la puerta,  
mis palomas sus alas tendieron,  
y mi perro, que estaba dormido,  
fue tras él, sus pisadas lamiendo.  
Era dulce el Apóstol divino,  
más aún que la luna de enero.  
A su paso dejó por la senda  
un olor de azucena y de incienso.

-Y comadre, ¿no le dijo nada?-  
le preguntan dos voces a un tiempo.

-Al pasar me miró sonriente  
y una estrella dejóme aquí dentro.

-¿Dónde tienes guardada esa estrella?-  
le pregunta un chiquillo travieso.

-¿Se ha apagado -dijéronle otros-  
como cosa de un encantamiento?

-No, hijos míos, la estrella relumbra,  
que en el alma clavada la llevo.

-¿Cómo son las estrellas aquí?  
-Hijo mío, igual que en el cielo.

-Siga, siga la vieja comadre.  
¿Dónde iba el glorioso viajero?

-Se perdió por aquellas montañas  
con mis blancas palomas y el perro.  
Pero llena dejóme la casa  
de rosales y de jazmineros,  
y las uvas verdes de la parra  
maduraron, y mi troje lleno  
encontré a la siguiente mañana.  
Todo obra del Apóstol bueno.

-¡Grande suerte que tuvo, comadre!-  
sermonearon dos voces a un tiempo.

Los chiquillos están ya dormidos  
y los campos en hondo silencio.

-¡Niños chicos, pensad en Santiago  
por los turbios caminos del sueño!

¡Noche clara, finales de julio!  
¡Ha pasado Santiago en el cielo!

La tristeza que tiene mi alma,  
por el blanco camino la dejo  
para ver si la encuentran los niños  
y en el agua la vayan hundiendo,  
para ver si en la noche estrellada  
a muy lejos la llevan los vientos.

EL DIAMANTE

Noviembre de 1920. (Granada.)

El diamante de una estrella  
ha rayado el hondo cielo,  
pájaro de luz que quiere  
escapar del universo  
y huye del enorme nido  
donde estaba prisionero  
sin saber que lleva atada  
una cadena en el cuello.

Cazadores extrahumanos  
están cazando luceros,  
cisnes de plata maciza  
en el agua del silencio.  
Los chopos niños recitan  
su cartilla; es el maestro  
un chopo antiguo que mueve  
tranquilo sus brazos muertos.  
Ahora en el monte lejano  
jugarán todos los muertos  
a la baraja. ¡Es tan triste  
la vida en el cementerio!

¡Rana, empieza tu cantar!  
¡Grillo, sal de tu agujero!  
Haced un bosque sonoro  
con vuestras flautas. Yo vuelo  
hacia mi casa intranquilo.

Se agitan en mi cerebro  
dos palomas campesinas  
y en el horizonte, ¡lejos!,  
se hunde el arcaduz del día.  
¡Terrible noria del tiempo!  
MADRIGAL DE VERANO  
Agosto de 1920. (Vega de Zujaira.)

Junta tu roja boca con la mía,  
¡oh Estrella la gitana!  
Bajo el oro solar del mediodía  
morderé la manzana.

En el verde olivar de la colina,  
hay una torre mora  
del color de tu carne campesina  
que sabe a miel y aurora.

Me ofreces en tu cuerpo requemado,  
el divino alimento  
que da flores al cauce sosegado  
y luceros al viento.

¿Cómo a mí te entregaste, luz morena?  
¿Por qué me diste llenos  
de amor tu sexo de azucena  
y el rumor de tus senos?

¿No fue por mi figura entristecida?  
(¡Oh mis torpes andares!)  
¿Te dio lástima acaso de mi vida,  
marchita de cantares?

¿Cómo no has preferido a mis lamentos

los muslos sudorosos de un San Cristóbal campesino, lentos  
en el amor y hermosos?

Danaide del placer eres conmigo.  
Femenino Silvano.  
Huelen tus besos como huele el trigo  
reseco del verano.

Entúrbiame los ojos con tu canto.  
Deja tu cabellera  
extendida y solemne como un manto  
de sombra en la pradera.

Píntame con tu boca ensangrentada  
un cielo del amor,  
en un fondo de carne la morada  
Estrella de dolor.

Mi pegaso andaluz está cautivo  
de tus ojos abiertos,  
volará desolado y pensativo  
cuando los vea muertos.

Y aunque no me quisieras te querría  
por tu mirar sombrío  
como quiere la alondra al nuevo día,  
sólo por el rocío.

Junta tu roja boca con la mía,  
¡oh Estrella la gitana!  
Déjame bajo el claro mediodía  
consumir la manzana.

CANTOS NUEVOS

Agosto de 1920. (Vega de Zujaira.)

Dice la tarde: "¡Tengo sed de sombra!"

Dice la luna: "Yo, sed de luceros."

La fuente cristalina pide labios  
y suspiros el viento.

Yo tengo sed de aromas y de risas,  
sed de cantares nuevos  
sin lunas y sin lirios,  
y sin amores muertos.

Un cantar de mañana que estremezca  
a los remansos quietos  
del porvenir. Y llene de esperanza sus ondas y sus cienos.

Un cantar luminoso y reposado  
pleno de pensamiento,  
virginal de tristezas y de angustias  
y virginal de ensueños.

Cantar sin carne lírica que llene  
de risas el silencio.  
(Una bandada de palomas ciegas  
lanzadas al misterio.)

Cantar que vaya al alma de las cosas  
y al alma de los vientos  
y que descansa al fin de la alegría  
del corazón eterno.

ALBA

Abril de 1919. (Granada.)

Mi corazón oprimido .  
siente junto a la alborada  
el dolor de sus amores  
y el sueño de las distancias.  
La luz de la aurora lleva  
semilleros de nostalgias  
y la tristeza sin ojos  
de la médula del alma.  
La gran tumba de la noche  
su negro velo levanta  
para ocultar con el día  
la inmensa cumbre estrellada.

¡Qué haré yo sobre estos campos  
cogiendo nidos y ramas,  
rodeado de la aurora  
y llena de noche el alma!  
¡Qué haré si tienes tus ojos  
muertos a las luces claras  
y no ha de sentir mi carne  
el calor de tus miradas!  
¿Por qué te perdí por siempre en aquella tarde clara?  
Hoy mi pecho está reseco  
como una estrella apagada.

## EL PRESENTIMIENTO

Agosto de 1920. (Vega de Zujaira.)

El presentimiento  
es la sonda del alma  
en el misterio.  
Nariz del corazón,  
palo de ciego  
que explora en la tiniebla  
del tiempo.

Ayer es lo marchito,  
el sentimiento  
y el campo funeral  
del recuerdo.

Anteayer  
es lo muerto.  
Madriguera de ideas moribundas,  
de pegasos sin freno.  
Malezas de memorias  
y desiertos  
perdidos en la niebla  
de los sueños.

Nada turba los siglos  
pasados.  
No podemos  
arrancar un suspiro

de lo viejo.  
El pasado se pone  
su coraza de hierro  
y tapa sus oídos  
con algodón del viento.  
Nunca podrá arrancársele  
un secreto.

Sus músculos de siglos  
y su cerebro  
de marchitas ideas  
en feto  
no darán el licor que necesita  
el corazón sediento.

Pero el niño futuro  
nos dirá algún secreto  
cuando juegue en su cama  
de luceros.  
Y es fácil engañarle;  
por eso,  
démosle con dulzura  
nuestro seno.  
Que el topo silencioso  
del presentimiento  
nos traerá sus sonajas  
cuando se esté durmiendo.

CANCIÓN PARA LA LUNA  
Agosto de 1920.

Blanca tortuga,  
luna dormida,  
¡qué lentamente  
caminas!  
Cerrando un párpado  
de sombra, miras  
cual arqueológica  
pupila.  
Que quizá sea...  
(Satán es tuerto) una reliquia.  
Viva lección  
para anarquistas.  
Jehová acostumbra  
sembrar su finca  
con ojos muertos  
y cabecitas  
de sus contrarias  
milicias.

Gobierna rígido  
la Faz divina  
con su turbante  
de niebla fría,  
poniendo dulces  
astros sin vida  
al rubio cuervo  
del día.  
Por eso, luna,  
¡luna dormida!  
vas protestando  
seca de brisas,  
del gran abuso  
la tiranía  
de ese Jehová  
que os encamina  
por una senda  
¡siempre la misma!  
Mientras Él goza  
en compañía  
de Doña Muerte,  
que es su querida..

Blanca tortuga,  
luna dormida,  
casta Verónica  
del sol que limpias  
en el ocaso  
su faz rojiza.  
Ten esperanza,  
muerta pupila,  
que el Gran Lenin  
de tu campiña  
será la Osa  
Mayor, la arisca  
fiera del cielo  
que irá tranquila  
a dar su abrazo  
de despedida,  
al viejo enorme  
de los seis días.

Y entonces, luna  
blanca, vendría  
el puro reino  
de la ceniza.

(Ya habréis notado  
que soy nihilista.)

ELEGÍA DEL SILENCIO  
Julio de 1320.

Silencio, ¿dónde llevas  
tu cristal empañado  
de risas, de palabras  
y sollozos del árbol?  
¿Cómo limpias, silencio,  
el rocío del canto  
y las manchas sonoras  
que los mares lejanos  
dejan sobre la albura  
serena de tu manto?  
¿Quién cierra tus heridas  
cuando sobre los campos  
alguna vieja noria  
clava su lento dardo  
en tu cristal inmenso?  
¿Dónde vas si al ocaso  
te hieren las campanas  
y quiebran tu remanso  
las bandadas de coplas  
y el gran rumor dorado  
que cae sobre los montes  
azules sollozando?

El aire del invierno  
hace su azul pedazos,  
y troncha tus florestas  
el lamentar callado  
de alguna fuente fría.  
Donde posas tus manos,  
la espina de la risa  
o el caluroso hachazo  
de la pasión encuentras.  
Si te vas a los astros,  
el zumbido solemne de  
los azules pájaros quiebra  
el gran equilibrio de tu  
escondido cráneo.

Huyendo del sonido  
eres sonido mismo,  
espectro de armonía,  
humo de grito y canto.  
Vienes para decirnos  
en las noches oscuras  
la palabra infinita  
sin aliento y sin labios.

Taladrado de estrellas  
y maduro de música,  
¿dónde llevas, silencio,  
tu dolor extrahumano,  
dolor de estar cautivo  
en la araña melódica,  
ciego ya para siempre  
tu manantial sagrado?

Hoy arrastran tus ondas  
turbias de pensamiento  
la ceniza sonora  
y el dolor del antaño.  
Los ecos de los gritos

que por siempre se fueron.  
El estruendo remoto  
del mar, momificado.

Si Jehová se ha dormido  
sube al trono brillante,  
quíbrale en su cabeza  
un lucero apagado,  
y acaba seriamente  
con la música eterna,  
la armonía sonora  
de luz y mientras tanto,  
vuelve a tu manantial,  
donde en la noche eterna,  
antes que Dios y el tiempo,  
manabas sosegado.

BALADA DE UN DIA DE JULIO  
Julio de 1919.

Esquilones de plata  
llevan los bueyes.

-¿Dónde vas, niña mía,  
de sol y nieve?

-Voy a las margaritas  
del prado verde.

-El prado está muy lejos  
y miedo tienes.

-Al airón y a la sombra  
mi amor no teme.

-Teme al sol, niña mía,  
de sol y nieve.

-Se fue de mis cabellos  
ya para siempre.

-¿Quién eres, blanca niña?  
¿De dónde vienes?

-Vengo de los amores  
y de las fuentes.

Esquilones de plata  
llevan los bueyes.

-¿Qué llevas en la boca  
que se te enciende?

-La estrella de mi amante  
que vive y muere.

-¿Qué llevas en el pecho  
tan fino y leve?

-La espada de mi amante  
que vive y muere.

-¿Qué llevas en los ojos,  
negro y solemne?

-Mi pensamiento triste  
que siempre hiere.

-¿Por qué llevas un manto  
negro de muerte?

-¡Ay, yo soy la viudita  
triste y sin bienes.

Del conde del Laurel  
de los Laureles!

-¿A quién buscas aquí  
si a nadie quieres?

-Busco el cuerpo del conde  
de los Laureles.

-¿Tú buscas el amor,

viudita aleve?  
Tú buscas un amor  
que ojalá encuentres.

-Estrellitas del cielo  
son mis quereres,  
¿dónde hallaré a mi amante  
que vive y muere?

-Está muerto en el agua,  
niña de nieve,  
cubierto de nostalgias  
y de claveles.

-¡Ay! caballero errante  
de los cipreses,  
una noche de luna  
mi alma te ofrece.

-¡Ah! Isis soñadora.  
Niña sin mieles,  
la que en bocas de niños  
su cuento vierte.

Mi corazón te ofrezco,  
corazón tenue,  
herido por los ojos  
de las mujeres.

-Caballero galante,  
con Dios te quedas.  
Voy a buscar al conde  
de los Laureles.

-Adiós, mi doncellita,  
rosa durmiente,  
tú vas para el amor  
y yo a la muerte.  
Esquilones de plata  
llevan los bueyes.

Mi corazón desangra  
como una fuente.

IN MEMORIAM  
Agosto de 1920.

Dulce chocho,  
dulce chocho,  
te has puesto  
de oro.  
Ayer estabas verde,  
un verde loco  
de pájaros gloriosos.  
Hoy estás abatido  
bajo el cielo de agosto  
como yo bajó el cielo  
de mi espíritu rojo.  
La fragancia cautiva  
de tu tronco  
vendrá a mi corazón  
piadoso,  
¡rudo abuelo del prado!  
Nosotros  
nos hemos puesto  
de oro.

## SUEÑO

Mayo de 1919.

Mi corazón reposa junto a la fuente fría.  
(Llénala con tus hilos,  
araña del olvido.)

El agua de la fuente su canción le decía.  
(Llénala con tus hilos,  
araña del olvido.)

Mi corazón despierto sus amores decía.  
(Araña del silencio,  
téjele tu misterio.)

El agua de la fuente lo escuchaba sombría.  
(Araña del silencio,  
téjele to misterio.)

Mi corazón se vuelca sobre la fuente fría.  
(Manos blancas, lejanas,  
detened a las aguas.)

Y el agua se lo lleva cantando de alegría.  
(¡Manos blancas, lejanas,  
nada queda en las aguas!)

PAISAJE  
Junio de 1920.

Las estrellas apagadas  
llenan de ceniza el río  
verdoso y frío.

La fuente no tiene trenzas.  
Ya se han quemado los nidos  
escondidos.

Las ranas hacen del cauce  
una siringa encantada  
desafinada.

Sale del monte la luna,  
con su cara bonachona  
de jamona.

Una estrella le hace burla  
desde su casa de añil  
infantil.

E1 débil color rosado  
hace cursi el horizonte  
del monte.

Y observo que el laurel tiene  
cansancio de ser poético  
y profético.

Como la hemos visto siempre  
el agua se va durmiendo,  
sonriendo.

Todo llora por costumbre.  
Todo el campo se lamenta  
sin darse cuenta.

Yo, por no desafinar,  
digo por educación:  
"¡Mi corazón!"

Pero una grave tristeza  
tiñe mis labios manchados  
de pecados.  
Yo voy lejos del paisaje.  
Hay en mi pecho una hondura  
de sepultura.

Un murciélago me avisa  
que el sol se esconde doliente  
en el poniente.

¡Pater noster por mi amor!  
(Llanto de las alamedas  
y arboledas.)

En el carbón de la tarde  
miro mis ojos lejanos,  
cual milanos.

Y despeino mi alma muerta  
con arañas de miradas  
olvidadas.

Ya es de noche, y las estrellas  
clavan puñales al río  
verdoso y frío.

NOVIEMBRE

Noviembre de 1920.

Todos los ojos estaban  
abiertos  
frente a la soledad  
despintada por el llanto.

Tin  
Tan,  
Tin  
Tan.

Los verdes cipreses  
guardaban su alma  
arrugada por el viento,  
y las palabras como guadañas  
segaban almas de flores.

Tin  
Tan,  
Tin  
Tan.

El cielo estaba marchito.  
¡Oh tarde cautiva por las nubes,  
esfinge sin ojos!  
Obeliscoy chimeneas  
hacían pompas de jabón.

Tin  
Tan,  
Tin  
Tan.

Los ritmos se curvaban  
y se curvaba el aire,  
guerreros de niebla  
hacían de los árboles  
catapultas.

Tin  
Tan,  
Tin  
Tan.

¡Oh tarde,  
tarde de mi otro beso!  
Tema lejano de mi sombra,  
¡sin rayo de oro!  
Cascabel vacío.  
Tarde desmoronada  
sobre piras de silencio.

Tin  
Tan,  
Tin  
Tan.

PREGUNTAS  
Mayo de 1918.

Un pleno de cigarras tiene el campo.  
-¿Qué dices, Marco Aurelio,  
de estas viejas filósofas del llano?  
¡Pobre es tu pensamiento!

Corre el agua del río mansamente.  
-¡Oh Sócrates! ¿Qué ves  
en el agua que va a la amarga muerte?  
¡Pobre y triste es tu fe!

Se deshojan las rosas en el lodo.  
-¡Oh, dulce Juan de Dios!  
¿Qué ves en estos pétalos gloriosos?  
¡Chico es tu corazón!

LA VELETA YACENTE  
Diciembre de 1920. (Madrid.)

El duro corazón de la veleta  
entre el libro del tiempo  
(una hoja la tierra y otra hoja el cielo) .  
Aplastóse doliente sobre letras  
de tejados viejos.  
Lírica flor de torre  
y luna de los vientos,  
abandona el estarribre de la cruz  
y dispersa sus pétalos,  
para caer sobre las losas frías  
comida por la oruga  
de los ecos.

Yaces bajo una acacia.  
¡Memento!  
No podías latir  
porque eras de hierro...  
mas poseíste la forma;  
¡conténtate con eso!  
y húndete bajo el verde  
légamo,  
en busca de tu gloria  
de fuego,  
aunque te llamen tristes  
las torres desde lejos  
y oigas en las veletas  
chirriar tus compañeros.  
Húndete bajo el paño  
verdoso de tu lecho,  
que ni la blanca monja,  
ni el perro,  
ni la luna menguante,  
ni el lucero,  
ni el turbio sacristán  
del convento,  
recordarán tus gritos  
del invierno.  
Húndete lentamente,  
que si no, luego,  
te llevarán los hombres  
de los trapos viejos.  
Y ojalá pudiera darte  
por compañero...  
este corazón mío  
¡tan incierto!

CORAZON NUEVO  
Junio de 1918. (Granada.)

Mi corazón, como una sierpe,  
se ha desprendido de su piel,  
y aquí la miro entre mis dedos  
llena de heridas y de miel.

Los pensamientos que anidaron  
en tus arrugas ¿dónde están?  
¿dónde las rosas que aromaron  
a Jesucristo y a Satán?

¡Pobre envoltura que ha oprimido  
a mi fantástico lucero!  
Gris pergamino dolorido  
de lo que quise y ya no quiero.

Yo veo en ti fetos de ciencias,  
momias de versos y esqueletos  
de mis antiguas inocencias  
y mis románticos secretos.

¿Te colgaré sobre los muros  
de mi museo sentimental,  
junto a los gélidos y oscuros  
lirios durmientes de mi mal?  
¿O te pondré sobre los pinos  
-libro doliente de mi amor-  
para que sepas de los trinos  
que da a la aurora el ruiseñor?

SE HA PUESTO EL SOL  
Agosto de 1920.

Se ha puesto el sol. Los árboles  
meditan como estatuas.  
Ya está el trigo segado.  
¡Qué tristeza  
de las norias paradas!

Un perro campesino  
quiere comerse a Venus, y le ladra.  
Brilla sobre su campo de pre-beso,  
como una gran manzana.

Los mosquitos -Pegasos del rocío  
vuelan, el aire en calma.  
La Penélope inmensa de la luz  
teje una noche clara.

Hijas mías, dormid, que viene el lobo,  
las ovejitas balan.  
¿Ha llegado el otoño, compañeras?  
dice una flor ajada.

Ya vendrán los pastores con sus nidos  
por la sierra lejana,  
ya jugarán las niñas en la puerta  
de la vieja posada,  
y habrá coplas de amor  
que ya se saben  
de memoria las casas.

PAJARITA DE PAPEL  
Julio de 1920.

¡Oh pajarita de papel!  
águila de los niños.  
Con las plumas de letras,  
sin palomo y sin nido.

Las manos aún mojadas de misterio  
te crean en un frío  
anochecer de otoño, cuando mueren  
los pájaros y el ruido  
de la lluvia nos hace amar la lámpara,  
el corazón y el libro.

Naces para vivir unos minutos  
en el frágil castillo  
de naipes que se eleva tembloroso  
como el tallo de un lirio,  
y meditas allí ciega y sin alas  
que pudiste haber sido  
el atleta grotesco que sonrío  
ahorcado por un hilo,  
el barco silencioso sin remeros ni velamen,  
el lírico  
buque fantasma del miedoso insecto,  
o el triste borriquito  
que escarnecen, haciéndolo Pegaso,  
los soplos de los niños.

Pero en medio de tu meditación  
van gotas de humorismo.  
Hecha con la corteza de la ciencia  
te ríes del destino,  
y gritas: Blanca Flor no muere nunca,  
ni se muere Luisito.  
La mañana es eterna, es eterna  
la fuente del rocío.

Y aunque no crees en nada dices esto,  
no se enteren los niños  
de que hay sombra detrás de las estrellas  
y sombra en tu castillo.

En medio de la mesa, al derrumbarse  
tu azul mansión, has visto  
que el milano te mira ansiosamente:  
Es un recién nacido,  
una pompa de espuma sobre el agua  
del sufrimiento vivo.

Y tú vas a sus labios luminosos  
mientras ríen los niños,  
y callan los papás, no se despierten  
los dolores vecinos.

Así pájaro clown desapareces  
para nacer en otro sitio,  
así pájaro esfinge das tu alma  
de ave fénix al limbo.

MADRIGAL

Octubre de 1920. (Madrid.)

Mi beso era una granada,  
profunda y abierta;  
tu boca era rosa  
de papel.

El fondo un campo de nieve.

Mis manos eran hierros  
para los yunques;  
tu cuerpo era el ocaso  
de una campanada.

El fondo un campo de nieve.  
En la agujereada  
calavera azul  
hicieron estalactitas.  
mis te quiero.  
El fondo un campo de nieve.  
Llenáronse de moho  
mis sueños infantiles,  
y taladró la luna  
mi dolor salomónico.  
El fondo un campo de nieve.  
Ahora maestro grave  
a la alta escuela,  
a mi amor y a mis sueños  
(caballitos sin ojos) .

Y el fondo es un campo de nieve.

UNA CAMPANA  
Octubre de 1920.

Una campana serena crucificada en su ritmo  
define a la mañana  
con peluca de niebla  
y arroyos de lágrimas.  
Mi viejo chopo  
turbio de ruiseñores  
esperaba  
poner entre las hierbas  
sus ramas  
mucho antes que el otoño  
lo dorara.

Pero los puntales de mis miradas  
lo sostenían.  
¡Viejo chopo, aguarda!  
¿No sientes la madera  
de mi amor desgarrada?  
Tiéndete en la pradera  
cuando cruja mi alma  
que un vendaval de besos  
y palabras  
ha dejado rendida,  
lacerada.

CONSULTA  
Agosto de 1920.

¡Pasionaria azul!  
Yunque de mariposas.  
¿Vives bien en el limo  
de las horas?

(¡Oh, poeta infantil,  
quiebra tu reloj!)

Clara estrella azul,  
ombligo de la aurora.  
¿Vives bien en la espuma  
de la sombra?

(¡Oh, poeta infantil,  
quiebra tu reloj!)

Corazón azulado,  
lámpara de mi alcoba.  
¿Lates bien sin mi sangre  
filarmónica?

(¡Oh, poeta infantil,  
quiebra tu reloj!)

Os comprendo y me dejo  
arrumbado en la cómoda  
al insecto del tiempo.  
Sus metálicas gotas  
no se oirán en la calma  
de mi alcoba.  
Me dormiré tranquilo

como dormís vosotras,  
pasionarias y estrellas,  
que al fin la mariposa  
volará en la corriente  
de las horas  
mientras nace en mi tronco  
la rosa.

TARDE

Noviembre de 1919.

Tarde luviofa en gris cansado,  
y sigue el caminar.  
Los rboles marchitos.  
Mi cuarto, solitario.  
Y los retratos viejos  
y el libro sin cortar..  
Chorrea la tristeza por los muebles  
y por mi alma.  
Quizr  
no tenga para m! Naturaleza  
el pecho de cristal.

Y me duele la carne del coraz3n  
y la carne del alma.  
Y al hablar,  
se quedan mis palabras en el aire  
como corchos sobre agua.

S3lo por tus ojos  
sufro yo este mal,  
tristezas de antaño  
y las que vendrn.

Tarde lluviosa en gris cansado,  
y sigue el caminar.

HAY ALMAS QUE TIENEN..  
8 de febrero de 1920.

Hay almas que tienen  
azules luceros,  
mañanas marchitas  
entre hojas del tiempo,  
y castos rincones  
que guardan un viejo  
rumor de nostalgias  
y sueños.

Otras almas tienen  
dolientes espectros  
de pasiones. Frutas  
con gusanos. Ecos  
de una voz quemada  
que viene de lejos  
como una corriente  
de sombras. Recuerdos  
vacíos de llanto  
y migajas de besos.  
Mi alma está madura  
hace mucho tiempo,  
y se desmorona  
turbia de misterio.  
Piedras juveniles  
roídas de ensueño  
caen sobre las aguas  
de mis pensamientos.  
Cada piedra dice:  
¡Dios está muy lejos!

## PRÓLOGO

24 de julio de 1920. (Vega de Zujaira.)

Mi corazón está aquí,  
Dios mío.  
Hunde tu cetro en él, Señor.  
Es un membrillo  
demasiado otoñal  
y está podrido.  
Arranca los esqueletos  
de los gavilanes líricos  
que tanto, tanto lo hirieron,  
y si acaso tienes pico  
móndale su corteza  
de hastío.

Mas si no quieres hacerlo,  
me da to mismo,  
guárdate tu cielo azul  
que es tan aburrido.  
El rigodón de los astros.  
Y lo Infinito,  
que yo pediré prestado  
el corazón de un amigo.  
Un corazón con arroyos  
y pinos,  
y un ruiseñor de hierro  
que resista  
el martillo  
de los siglos.

Además, Satanás me quiere mucho.  
Fue compañero mío  
en un examen de  
lujuria, y el pícaro  
buscará a Margarita  
-me lo tiene ofrecido-.  
Margarita morena,  
sobre un fondo de viejos olivos,  
con dos trenzas de noche  
de estío,  
para que yo desgarré  
sus muslos limpios.  
Y entonces, ¡oh Señor!  
seré tan rico  
o más que tú,  
porque el vacío  
no puede compararse al vino  
con que Satán obsequia  
a sus buenos amigos.

Licor hecho con llanto.  
¡Qué más da!  
Es lo mismo  
que tu licor compuesto  
de trinos.

Dime, Señor,  
¡Dios mío!  
¿Nos hundes en la sombra  
del abismo?  
¿Somos pájaros ciegos  
sin nidos?

La luz se va apagando.  
¿Y el aceite divino?  
Las olas agonizan.  
¿Has querido  
jugar como si fuéramos  
soldaditos?  
Dime, Señor,  
¡Dios mío!  
¿No llega el dolor nuestro  
a tus oídos?  
¿No han hecho las blasfemias  
babeles sin ladrillos  
para herirte, o te gustan  
los gritos?  
¿Estás sordo? ¿Estás ciego?  
¿O eres bizco  
de espíritu  
y ves el alma humana  
con tonos invertidos?

¡Oh Señor soñoliento!  
¡Mira mi corazón  
frío  
como un membrillo  
demasiado otoñal  
que está podrido!

Si tu luz va a llegar  
abre los ojos vivos  
pero si continúas  
dormido,  
ven, Satanás errante,  
sangriento peregrino,  
ponme la Margarita  
morena en los olivos  
con las trenzas de noche  
de estío,  
que yo sabré encenderle  
sus ojos pensativos  
con mis besos manchados  
de lirios.  
Y oíré una tarde ciega mi  
¡Enrique! ¡Enrique!  
lírico,  
mientras todos mis sueños  
se llenan de rocío.  
Aquí, Señor, te dejo

mi corazón antiguo,  
voy a pedir prestado  
otro nuevo a un amigo.  
Corazón con arroyos  
y pinos.  
Corazón sin culebras  
ni lirios.  
Robusto, con la gracia de  
un joven campesino, que  
atraviesa de un salto el  
río.

BALADA INTERIOR

16 de julio de 1920. (Vega de Zujaira.)

A Gabriel.

El corazón  
que tenía en la escuela  
donde estuvo pintada  
la cartilla primera,  
¿está en ti,  
noche negra?

(Frío, frío,  
como el agua  
del río.)

El primer beso  
que supo a beso y fue  
para mis labios niños  
como la lluvia fresca,  
¿está en ti,  
noche negra?

(Frío, frío,  
como el agua  
del río.)

Mi primer verso,  
la niña de las trenzas  
que miraba de frente,  
¿está en ti,  
noche negra?

(Frío, frío,  
como el agua  
del río.)

Pero mi corazón  
roído de culebras,  
el que estuvo colgado  
del árbol de la ciencia,  
¿está en ti,  
noche negra?

(Caliente, caliente,  
como el agua  
de la fuente.)  
Mi amor errante,  
castillo sin firmeza  
de sombras enmohecidas,  
¿está en ti,  
noche negra?

(Caliente, caliente,  
como el agua  
de la fuente.)

¡Oh, gran dolor! Admites  
en tu cueva nada más  
que la sombra.  
¿Es cierto,  
noche negra?

(Caliente, caliente,  
como el agua  
de la fuente.)

¡Oh corazón perdido!  
¡Requiem aeternam!

EL LAGARTO VIEJO  
26 de julio de 1920. (Vega de Zujaira.)

En la angosta senda  
he visto al buen lagarto  
(gota de cocodrilo)  
meditando.

Con su verde levita  
de abate del diablo,  
su talante correcto  
y su cuello planchado,  
tiene un aire muy triste  
de viejo catedrático.  
¡Esos ojos marchitos  
de artista fracasado,  
cómo miran la tarde  
desmayada!

¿Es éste su paseo  
crepuscular, amigo?  
Usad bastón, ya estáis  
muy viejo, don Lagarto,  
y los niños del pueblo  
pueden daros un susto.  
¿Qué buscáis en la senda,  
filósofo cegato,  
si el fantasma indeciso  
de la tarde agosteña  
ha roto el horizonte?

¿Buscáis la azul limosna  
del cielo moribundo?  
¿Un céntimo de estrella?  
¿O acaso  
estudiasteis un libro  
de Lamartine, y os gustan  
los trinos platerescos  
de los pájaros?

(Miras al sol poniente,  
y tus ojos relucen,  
¡oh, dragón de las ranas!,  
con un fulgor humano.  
Las góndolas sin remos  
de las ideas, cruzan  
el agua tenebrosa  
de tus iris quemados.)

¿Venís quizá en la busca  
de la bella lagarta,  
verde como los trigos  
de mayo,  
como las cabelleras  
de las fuentes dormidas,  
que os despreciaba, y luego  
se fue de vuestro campo?  
¡Oh, dulce idilio roto  
sobre la fresca juncia!

¡Pero vivid! ¡Qué diantre!  
Me habéis sido simpático.  
El lema de “me opongo  
a la serpiente” triunfa  
en esa gran papada

de arzobispo cristiano.

Ya se ha disuelto el sol  
en la copa del monte,  
y enturbian el camino  
los rebaños.

Es hora de marcharse.  
Dejad la angosta senda  
y no continuéis  
meditando.

Qué lugar tendréis luego  
de mirar las estrellas  
cuando os coman sin prisa  
los gusanos.

¡Volved a vuestra casa  
bajo el pueblo de grillos!  
¡Buenas noches, amigo  
don Lagarto!

Ya está el campo sin gente,  
los montes apagados  
y el camino desierto;  
sólo de cuando en cuando  
canta un cuco en la umbría  
de los álamos.

PATIO HÚMEDO  
1920

Las arañas  
iban por los laureles.

La casualidad  
se va tornando en nieve,  
y los años dormidos  
ya se atreven  
a clavar los telares  
del siempre.

La quietud hecha esfinge  
se ríe de la muerte  
que canta melancólica  
en un grupo  
de lejanos cipreses.

La yedra de las gotas  
tapiza las paredes  
empapadas de arcaicos

¡Oh, torre vieja! Lloras  
tus lágrimas mudéjares  
sobre este grave patio  
que no tiene fuente.

Las arañas  
iban por los laureles.

BALADA DE LA PLACETA  
1919

Cantan los niños  
en la noche quieta:  
¡Arroyo claro,  
fuente serena!

LOS NIÑOS

¿Qué tiene tu divino  
corazón en fiesta?

YO

Un doblar de campanas  
perdidas en la niebla.

LOS NIÑOS

Ya nos dejas cantando  
en la plazuela.  
¡Arroyo claro,  
fuente serena!

¿Qué tienes en tus manos  
de primavera?

YO

Una rosa de sangre  
y una azucena.

LOS NIÑOS

Mójalas en el agua  
de la canción añeja.  
¡Arroyo claro,  
fuente serena!

¿Qué sientes en tu boca  
roja y sedienta?

YO

E1 sabor de los huesos  
de mi gran calavera.

LOS NIÑOS

Bebe el agua tranquila  
de la canción añeja.  
¡Arroyo claro,  
fuente serena!

¿Porque te vas tan lejos  
de la plazuela?

YO

¡Voy en busca de magos  
y de princesas!

LOS NIÑOS

¿Quién te enseñó el camino  
de los poetas?

YO

La fuente y el arroyo  
de la canción añeja.

LOS NIÑOS

¿Te vas lejos, muy lejos  
del mar y de la tierra?

YO

Se ha llenado de luces  
de campanas perdidas,  
de lirios y de abejas,  
y yo me iré muy lejos,  
más allá de esas sierras,  
más allá de los mares,  
cerca de las estrellas,  
para pedirle a Cristo  
Señor que me devuelva  
mi alma antigua de niño,  
madura de leyendas,  
con el gorro de plumas  
y el sable de madera.

LOS NIÑOS

Ya nos dejas cantando  
en la plazuela,  
jarrojo claro,  
fuente serena!

Las pupilas enormes de  
las frondas resacas  
heridas por el viento  
lloran las hojas muertas.

ENCRUCIJADA  
Julio de 1920.

¡Oh, qué dolor el tener  
versos en la lejanía  
de la pasión, y el cerebro  
todo manchado de tinta!

¡Oh, qué dolor no tener  
la fantástica camisa  
del hombre feliz: la piel  
-alfombra del sol- curtida.

(Alrededor de mis ojos  
bandadas de letras giran.)

¡Oh, qué dolor el dolor  
antiguo de la poesía,  
este dolor pegajoso  
tan lejos del agua limpia!

¡Oh, dolor de lamentarse  
por sorber la vena lírica!  
¡Oh, dolor de fuente ciega  
y molino sin harina!

¡Oh, qué dolor no tener  
dolor y pasar la vida,  
sobre la hierba incolora  
de la vereda indecisa!

¡Oh, el más profundo dolor,  
el dolor de la alegría,  
reja que nos abre surcos  
donde el llanto fructifica!

(Por un monte de papel  
asoma la luna fría.)  
¡Oh dolor de la verdad!  
¡Oh dolor de la mentira!

HORAS DE ESTRELLAS  
1920

El silencio redondo de la noche  
sobre el pentagrama  
del infinito.

Yo me salgo desnudo a la calle,  
maduro de versos  
perdidos.

Lo negro, acribillado  
por el canto del grillo,  
tiene ese fuego fatuo,  
muerto,  
del sonido.

Esa luz musical  
que percibe  
el espíritu.

Los esqueletos de mil mariposas  
duermen en mi recinto.  
Hay una juventud de brisas locas  
sobre el río.

## EL CAMINO

No conseguirá nunca  
tu lanza  
herir al horizonte.  
La montaña  
es un escudo  
que lo guarda.

No sueñes con la sangre de la luna  
y descansa.  
Pero deja, camino,  
que mis plantas  
exploren la caricia  
de la rociada.

¡Quiromántico enorme!  
¿Conocerás las almas  
por el débil tatuaje  
que olvidan en tu espalda?  
Si eres un Flammarión  
de las pisadas,  
¡cómo debes amar  
a los asnos que pasan  
acariciando con ternura humilde  
tu carne desgarrada!  
Ellos solos meditan dónde puede  
llegar tu enorme lanza.  
Ellos solos, que son  
los Budas de la Fauna,  
cuando viejos y heridos delectan  
tu libro sin palabras.

¡Cuánta melancolía  
tienes entre las casas  
del poblado!  
¡Qué clara es tu virtud! Aguantas  
cuatro carros dormidos,  
dos acacias,  
y un pozo del antaño  
que no tiene agua.

Dando vueltas al mundo,  
no encontrarás posada.  
No tendrás camposanto  
ni mortaja,  
ni el aire del amor renovará  
tu sustancia.

Pero sal de los campos  
y en la negra distancia  
de lo eterno, si tallas  
la sombra con to lima  
blanca, ¡oh, camino!  
¡Pasarás por el puente  
de Santa Clara!

EL CONCIERTO INTERRUMPIDO  
1920.  
A Adolfo Salazar.

Ha roto la armonía  
de la noche profunda,  
el calderón helado y soñoliento  
de la media luna.  
Las acequias protestan sordamente  
arropadas con juncias,  
y las ranas, mucines de la sombra,  
se han quedado mudas.

En la vieja taberna del poblado  
cesó la triste música,  
y ha puesto la sordina a su aristón  
la estrella más antigua.

E1 viento se ha sentado en los torcales  
de la montaña oscura,  
y un chopo solitario -el Pitágoras  
de la casta llanura-  
quiere dar con su mano centenaria,  
un cachete a la luna.

## CANCION ORIENTAL

1920.

Es la granada olorosa  
un cielo cristalizado.  
(Cada grano es una estrella,  
cada velo es un ocaso.)  
Cielo seco y comprimido  
por la garra de los años.

La granada es como un seno  
viejo y apergaminado,  
cuyo pezón se hizo estrella  
para iluminar el campo.

Es colmena diminuta  
con panal ensangrentado,  
pues con bocas de mujeres  
sus abejas la formaron.  
Por eso al estallar, ríe  
con púrpuras de mil labios...

La granada es corazón  
que late sobre el sembrado,  
un corazón desdeñoso  
donde no pican los pájaros,  
un corazón que por fuera  
es duro como el humano,  
pero da al que lo traspasa  
olor y sangre de mayo.  
La granada es el tesoro  
del viejo gnomo del prado,  
el que habló con niña Rosa,  
en el bosque solitario,  
aquel de la blanca barba  
y del traje colorado.  
Es el tesoro que aún guardan  
las verdes hojas del árbol.  
Arca de piedras preciosas  
en entraña de oro vago.

La espiga es el pan. Es Cristo  
en vida y muerte cuajado.

El olivo es la firmeza  
de la fuerza y el trabajo.

La manzana es lo carnal,  
fruta esfinge del pecado,  
gota de siglos que guarda  
de Satanás el contacto.

La naranja es la tristeza  
del azahar profanado,  
pues se torna fuego y oro  
lo que antes fue puro y blanco.

Las vidas son la lujuria  
que se cuaja en el verano,  
de las que la iglesia saca  
con bendición, licor santo.

Las castañas son la paz  
del hogar. Cosas de antaño.  
Crepitar de leños viejos,  
peregrinos descarriados.

La bellota es la serena  
poesía de lo rancio,  
y el membrillo de oro débil  
la limpieza de lo sano.

Mas la granada es la sangre,  
sangre del cielo sagrado,  
sangre de la tierra herida  
por la aguja del regato.  
Sangre del viento que viene  
del rudo monte arañado.  
Sangre de la mar tranquila,  
sangre del dormido lago.  
La granada es la prehistoria  
de la sangre que llevamos,  
la idea de sangre, encerrada  
en glóbulo duro y agrio,  
que tiene una vaga forma d  
e corazón y de cráneo.

¡Oh granada abierta!, que eres  
una llama sobre el árbol,  
hermana en carne de Venus,  
risa del huerto oreado.

Te cercan las mariposas  
creyéndote sol parado.  
Y por miedo de quemarse  
huyen de ti los gusanos.

Porque eres luz de la vida,  
hembra de las frutas. Claro  
lucero de la floresta  
del arroyo enamorado.

¡Quién fuera como tú, fruta,  
todo pasión sobre el campo!

CHOPO MUERTO  
1920.

¡Chopo viejo!  
Has caído  
en el espejo  
del remanso dormido,  
abatiendo tu frente  
ante el poniente.  
No fue el vendaval ronco  
el que rompió tu tronco,  
ni fue el hachazo grave  
del leñador, que sabe  
has de volver  
a nacer.

Fue tu espíritu fuerte  
el que llamó a la muerte,  
al hallarse sin nidos, olvidado  
de los chopos infantiles del prado.  
Fue que estabas sediento  
de pensamiento,  
y tu enorme cabeza centenaria,  
solitaria  
escuchaba los lejanos  
cantos de tus hermanos.

En tu cuerpo guardabas  
las lavas  
de tu pasión,  
y en tu corazón,  
el semen sin futuro de Pegaso,  
la terrible simiente  
de un amor inocente  
por el sol de ocaso.

¡Qué amargura tan honda  
para el paisaje,  
el héroe de la fronda  
sin ramaje!

Ya no serás la cuna  
de la luna,  
ni la mágica risa  
de la brisa,  
ni el bastón de un lucero  
caballero.  
No tornará la primavera  
de tu vida,  
ni verás la sementera  
florecida.  
Serás nidial de ranas  
y de hormigas.  
Tendrás por verdes canas  
las ortigas,  
y un día la corriente  
llevará tu corteza  
con tristeza.

¡Chopo viejo!  
Has caído  
en el espejo  
del remanso dormido.  
Yo to vi descender

en el atardecer  
y escribo tu elegía,  
que es la mía.

CAMPO  
1920.

El cielo es de ceniza,  
los árboles son blancos,  
y son negros carbones  
los rastrojos quemados.  
Tiene sangre reseca  
la herida del ocaso,  
y el papel incoloro  
del monte, está arrugado.  
El polvo del camino  
se esconde en los barrancos,  
están las fuentes turbias  
y quietos los remansos.  
Suenan en un gris rojizo  
la esquila del rebaño,  
y la noria materna  
acabó su rosario.

El cielo es de ceniza.  
Los árboles son blancos.

LA BALADA DEL AGUA DEL MAR  
1920.  
A Emilio Prados. (Cazador de estrellas.)

El mar  
sonríe a lo lejos.  
Dientes de espuma,  
labios de cielo.

-¿Qué vendes, oh joven turbia  
con los senos al aire?

-Vendo, señor, el agua  
de los mares.

-¿Qué llevas, oh negro joven,  
mezclado con tu sangre?

-Llevo, señor, el agua  
de los mares.

-¿Esas lágrimas salobres  
de dónde vienen, madre?

-Lloro, señor, el agua  
de los mares.

-Corazón; y esta amargura  
seria, ¿de dónde nace?

-¡Amarga mucho el agua  
de los mares!

El mar  
sonríe a lo lejos.  
Dientes de espuma,  
labios de cielo.

ÁRBOLES  
1919.

¡Árboles!  
¿Habéis sido flechas  
caídas del azul?  
¿Qué terribles guerreros os lanzaron?  
¿Han sido las estrellas?

Vuestras músicas vienen del alma de los pájaros,  
de los ojos de Dios,  
de la pasión perfecta.  
¡Árboles!  
¿Conocerán vuestras raíces toscas  
mi corazón en tierra?

LA LUNA Y LA MUERTE  
1919

La luna tiene dientes de marfil.  
¡Qué vieja y triste asoma!  
Están los cauces secos,  
los campos sin verdes  
y los árboles mustios,  
sin nidos y sin hojas.  
Doña Muerte, arrugada,  
pasea por sauzales  
con su absurdo cortejo  
de ilusiones remotas.  
Va vendiendo colores  
de cera y de tormenta  
como un hada de cuento  
mala y enredadora.

La luna le ha comprado  
pinturas a la muerte.  
En esta noche turbia  
¡está la luna loca!

Yo mientras tanto pongo  
en mi pecho sombrío  
una feria sin músicas  
con las tiendas de sombra.

MADRIGAL  
1919

Yo te miré a los ojos  
cuando era niño y bueno.  
Tus manos me rozaron  
y me distes un beso.

(Los relojes llevan la misma cadencia,  
y las noches tienen las mismas estrellas.)

Y se abrió mi corazón  
como una flor bajo el cielo  
los pétalos de lujuria  
y los estambres de sueño.

(Los relojes llevan la misma cadencia,  
y las noches tienen las mismas estrellas.)

En mi cuarto sollozaba  
como el príncipe del cuento  
por Estrellita de oro  
que se fue de los torneos.

(Los relojes llevan la misma cadencia,  
y las noches tienen las mismas estrellas.)

Yo me alejé de tu lado  
queriéndote sin saberlo,  
no sé cómo son tus ojos,  
tus manos ni tus cabellos.  
Sólo me queda en la frente  
la mariposa del beso.

(Los relojes llevan la misma cadencia,  
y las noches tienen las mismas estrellas.)

DESEO  
1920

Sólo tu corazón caliente,  
y nada más.

Mi paraíso un campo  
sin rui señor  
ni liras,  
con un río discreto  
y una fuentecilla.

Sin la espuela del viento  
sobre la fronda,  
ni la estrella que quiere  
ser hoja.

Una enorme luz que fuera  
luciérnaga  
de otra,  
en un campo de  
miradas rotas.

Un reposo claro  
y allí nuestros besos,  
lunares sonoros  
del eco,  
se abrirían muy lejos.

Y tu corazón caliente,  
nada más.

LOS ÁLAMOS DE PLATA  
Mayo de 1919.

Los álamos de plata  
se inclinan sobre el agua.  
Ellos todo lo saben pero nunca hablarán.  
El lirio de la fuente  
no grita su tristeza.  
¡Todo es más digno que la humanidad!

La ciencia del silencio frente al cielo estrellado,  
la posee la flor y el insecto no más.  
La ciencia de los cantos por los cantos, la tienen  
los bosques rumorosos  
y las aguas del mar.

El silencio profundo de la vida en la tierra,  
nos lo enseña la rosa  
abierta en el rosal.

¡Hay que dar el perfume  
que encierran nuestras almas!  
Hay que ser todo cantos,  
todo luz y bondad.  
¡Hay que abrirse del todo  
frente a la noche negra,  
para que nos llenemos de rocío inmortal!

¡Hay que acostar al cuerpo  
dentro del alma inquieta!  
Hay que cegar los ojos con la luz del más allá.  
Tenemos que asomarnos  
a la sombra del pecho,  
y arrancar las estrellas que nos puso Satán.

¡Hay que ser como el árbol  
que siempre está rezando,  
como el agua del cauce  
fija en la eternidad!

¡Hay que arañarse el alma con garras de tristeza  
para que entren las llamas  
del horizonte astral!

Brotaría en la sombra del amor carcomido  
una fuente de aurora  
tranquila y maternal.  
Desaparecerían ciudades en el viento  
y a Dios en una nube  
veríamos pasar.

## ESPIGAS

Junio de 1919.

El trival se ha entregado a la muerte.  
Ya las hoces cortan las espigas.  
Cabecean los chopos hablando  
con el alma sutil de la brisa.

El trival sólo quiere silencio.  
Se cuajó con el sol, y suspira  
por el amplio elemento en que moran  
los ensueños despiertos.  
El día,  
ya  
maduro de luz y sonido,  
por los montes azules declina.

¿Qué misterioso pensamiento  
conmueve a las espigas?  
¿Qué ritmo de tristeza soñadora  
los trivales agita?...

¡Parecen las espigas viejos pájaros  
que no pueden volar! Son cabecitas,  
que tienen el cerebro de oro puro  
y expresiones tranquilas.

Todas piensan lo mismo, todas llevan  
un secreto profundo que meditan.

Arrancan a la tierra su oro vivo  
y cual dulces abejas del sol, liban  
el rayo abrasador con que se visten  
para formar el alma de la harina.

¡Oh, qué alegre tristeza me causáis,  
dulcísimas espigas!  
Venís de las edades más profundas,  
cantasteis en la Biblia,  
y tocáis cuando os rozan los silencios  
un concierto de liras.

Brotáis para alimento de los hombres.  
¡Pero mirad las blancas margaritas  
y los lirios que nacen porque sí!  
¡Momias de oro sobre las campiñas!  
La flor silvestre nace para el sueño  
y vosotras nacéis para la vida.

## MEDITACIÓN BAJO LA LLUVIA

3 de enero de 1919.

A José Mora.

Ha besado la lluvia al jardín provinciano  
dejando emocionantes cadencias en las hojas.  
El aroma sereno de la tierra mojada  
inunda al corazón de tristeza remota.

Se rasgan nubes grises en el mudo horizonte.  
Sobre el agua dormida de la fuente, las gotas  
se clavan, levantando claras perlas de espuma.  
Fuegos fatuos que apaga el temblor de las ondas.

La pena de la tarde estremece a mi pena.  
Se ha llenado el jardín de ternura monótona.  
¿Todo mi sufrimiento se ha de perder, Dios mío,  
como se pierde el dulce sonido de las frondas?

¿Todo el eco de estrellas que guardo sobre el alma  
será luz que me ayude a luchar con mi forma?  
¿Y el alma verdadera se despierta en la muerte?  
¿Y esto que ahora pensamos se lo traga la sombra?

¡Oh, qué tranquilidad del jardín con la lluvia!  
Todo el paisaje casto mi corazón transforma  
en un ruido de ideas humildes y .apenadas  
que pone en mis entrañas un batir de palomas.

Sale el sol. El jardín desangra en amarillo.  
Late sobre el ambiente una pena que ahoga.  
Yo siento la nostalgia de mi infancia intranquila,  
mi ilusión de ser grande en el amor, las horas  
pasadas como ésta contemplando  
la lluvia con tristeza nativa.  
Caperucita roja  
iba por el sendero ....  
Se fueron mis historias, hoy medito, confuso,  
ante la fuente turbia que del amor me brota.

¿Todo mi sufrimiento se ha de perder, Dios mío,  
como se pierde el dulce sonido de las frondas?

Vuelve a llover.  
El viento va trayendo a las sombras.

MANANTIAL  
(FRAGMENTO)  
1919

La sombra se ha dormido en la pradera.  
Los manantiales cantan.

Frente al ancho crepúsculo de invierno  
mi corazón soñaba.  
¿Quién pudiera entender los manantiales,  
el secreto del agua  
recién nacida, ese cantar oculto  
a todas las miradas  
del espíritu, dulce melodía  
más allá de las almas...?

Luchando bajo el peso de la sombra  
un manantial cantaba.  
Yo me acerqué para escuchar su canto

pero mi corazón no entiende nada.

Era un brotar de estrellas invisibles  
sobre la hierba casta,  
nacimiento del Verbo de la tierra  
por un sexo sin mancha.

Mi chopo centenario de la vega  
sus hojas meneaba  
y eran las hojas trémulas de ocaso  
como estrellas de plata.  
El resumen de un cielo de verano  
era el gran chopo.  
Mansas  
y turbias de penumbra yo sentía  
las canciones del agua.

¿Qué alfabeto de auroras ha compuesto  
sus oscuras palabras?

¿Qué labios las pronuncian? ¿Y qué dicen  
a la estrella lejana?  
¡Mi corazón es malo, Señor! Siento en mi carne  
la implacable brasa  
del pecado. Mis mares interiores  
se quedaron sin playas.  
Tu faro se apagó. ¡Ya los alumbra  
mi corazón de llamas!  
Pero el negro secreto de la noche  
y el secreto del agua  
¿son misterios tan sólo para el ojo  
de la conciencia humana?  
¿La niebla del misterio no estremece  
al árbol, al insecto y la montaña?  
¿El terror de la sombra no lo sienten  
las piedras y las plantas?  
¿Es sonido tan sólo esta voz mía?  
¿Y el casto manantial no dice nada?

Mas yo siento en el agua  
algo que me estremece... como un aire  
que agita los ramajes de mi alma.

¡Sé árbol!

(Dijo una voz en la distancia.)

Y hubo un torrente de luceros  
sobre el cielo sin mancha.

Yo me incrusté en el chopo centenario  
con tristeza y con ansia,  
cual Dafne varonil que huye miedosa  
de un Apolo de sombra y de nostalgia.  
Mi espíritu fundióse con las hojas  
y fue mi sangre savia.  
En untuosa resina convirtióse  
la fuente de mis lágrimas.  
El corazón se fue con las raíces, y mi pasión humana,  
haciendo heridas en la ruda carne,  
fugaz me abandonaba.

Frente al ancho crepúsculo de invierno  
yo torcía las ramas  
gozando de los ritmos ignorados  
entre la brisa helada.

Sentí sobre mis brazos dulces nidos,  
acariciar de alas,  
y sentí mil abejas campesinas  
que en mis dedos zumbaban.  
¡Tenía una colmena de oro vivo  
en las viejas entrañas!  
El paisaje y la tierra se perdieron,  
sólo el cielo quedaba,  
y escuché el débil ruido de los astros  
y el respirar de las montañas.  
¿No podrán comprender mis dulces hojas  
el secreto del agua?  
¿Llegarán mis raíces a los reinos  
donde nace y se cuaja?  
Incliné mis ramaies hacia el cielo  
que las ondas copiaban,  
mojé las hojas en el cristalino  
diamante azul que canta,  
y sentí borbotar los manantiales  
como de humano yo los escuchara.  
Era el mismo fluir lleno de música  
y de ciencia ignorada.

Al levantar mis brazos gigantescos  
frente al azul, estaba  
lleno de niebla espesa, de rocío  
y de luz marchitada.

Tuve la gran tristeza vegetal,  
el amor a las alas  
para poder lanzarse con los vientos  
a las estrellas blancas.  
Pero mi corazón en las raíces  
triste me murmuraba:  
si no comprendes a los manantiales  
¡muere y troncha tus ramas!

¡Señor, arráncame del suelo! ¡Dame oídos  
que entiendan a las aguas!  
Dame una voz que por amor arranque  
su secreto a las ondas encantadas;  
para encender su faro sólo pido  
aceite de palabras.

¡Sé rui señor!, dice una voz perdida  
en la muerta distancia,  
y un torrente de cálidos luceros  
brotó del seno que la noche guarda.

MAR  
Abril de de 1919.

El mar es  
el Lucifer del azul.  
El cielo caído  
por querer ser la luz.

¡Pobre mar condenado a  
eterno movimiento,  
habiendo antes estado  
quieto en el firmamento!

Pero de tu amargura

te redimió el amor.  
Pariste a Venus pura,  
y quedóse tu hondura  
virgen y sin dolor.

Tus tristezas son bellas,  
mar de espasmos gloriosos.  
Mas hoy en vez de estrellas  
tienes pulpos verdosos.

Aguanta tu sufrir,  
formidable Satán.

Cristo anduvo por ti,  
mas también lo hizo Pan.

La estrella Venus es  
la armonía del mundo.  
¡Calle el Eclesiastés!  
Venus es lo profundo  
del alma ...

. . Y el hombre miserable  
es un ángel caído.  
La tierra es el probable  
paraíso perdido.

## SUEÑO

Mayo de 1919.

Iba yo montado sobre  
un macho cabrío.  
El abuelo me habló y me dijo:  
-Ese es tu camino.  
¡Es ése!, gritó mi sombra,  
disfrazada de mendigo.  
¡Es aquel de oro!, dijeron  
mis vestidos.  
Un gran cisne me guiñó,  
diciendo: ¡Vente conmigo!  
Y una serpiente mordía  
mi sayal de peregrino.

Mirando al cielo, pensaba:  
Yo no tengo camino.  
Las rosas del fin serán  
como las del principio.  
En la niebla se convierte  
la carne y el rocío.

Mi caballo fantástico me lleva  
por un campo rojizo.  
¡Déjame!, clamó, llorando,  
mi corazón pensativo.  
Yo lo abandoné en la tierra,  
lleno de tristeza.  
Vino  
la noche llena de arrugas  
y de sombras.  
Alumbran el camino,  
los ojos luminosos y azulados  
de mi macho cabrío.

OTRO SUEÑO  
1919.

¡Una golondrina vuela  
hacia muy lejos! . . .

Hay floraciones de rocío  
sobre mi sueño,  
y mi corazón da vueltas,  
lento de tedio,  
como un "tío vivo" en que la Muerte  
pasea a sus hijuelos.  
¡Quisiera en estos árboles  
atar al tiempo  
con un cable de noche negra,  
y pintar luego  
con mi sangre las riberas  
pálidas de mis recuerdos!

¿Cuántos hijos tiene la Muerte?  
¡Todos están en mi pecho!

¡Una golondrina viene de muy lejos!

## ENCINA

Bajo tu casta sombra, encina vieja,  
quiero sondar la fuente de mi vida  
y sacar de los fangos de mi sombra  
las esmeraldas líricas.

Echo mis redes sobre el agua turbia  
y las saco vacías.  
¡Más abajo del cieno tenebroso  
están mis pedrerías!

¡Hunde en mi pecho tus ramajes santos,  
oh solitaria encina!  
Y deja en mi sub-alma  
tus secretos y tu pasión tranquila.

Esta tristeza juvenil se pasa,  
¡ya lo sé! La alegría  
otra vez dejará sus guirnaldas sobre mi frente herida,  
aunque nunca mis redes pescarán  
la oculta pedrería  
de tristeza inconsciente que reluce  
al fondo de mi vida.

Pero mi gran dolor trascendental  
es to dolor, encina.  
Es el mismo dolor de las estrellas  
y de la flor marchita.

Mis lágrimas resbalan a la tierra  
y, como tus resinas,  
corren sobre las aguas del gran cauce  
que va a la noche fría.  
Y nosotros también resbalaremos,  
yo con mis pedrerías,  
y tú plenas las ramas de invisibles  
bellotas metafísicas.

No me abandones nunca en mis pesares,  
esquelética amiga.  
Cántame con to boca vieja y casta  
una canción antigua,  
con palabras de tierra entrelazadas  
en la azul melodía.

Vuelvo otra vez a echar las redes sobre  
la fuente de mi vida,  
redes hechas con hilos de esperanza,  
nudos de poesía,  
y saco piedras falsas entre un cieno  
de pasiones dormidas.

Con el sol del otoño toda el agua  
de mi fontana vibra,  
y noto que sacando sus raíces  
huye de mí la encina.

## INVOCACIÓN AL LAUREL

1919.

A Pepe Cienfuegos.

Por el horizonte confuso y doliente  
venía la noche preñada de estrellas.  
Yo, como el barbudo mago de los cuentos,  
sabía lenguaje de flores y piedras.

Aprendí secretos de melancolía,  
dichos por cipreses, ortigas y yedras;  
supe del ensueño por boca del nardo,  
canté con los lirios canciones serenas.

En el bosque antiguo, lleno de negrura,  
todos me mostraban sus almas cual eran:  
el pinar, borracho de aroma y sonido;  
los olivos viejos, cargados de ciencia;  
los álamos muertos, nidales de hormigas;  
el musgo, nevado de blancas violetas.  
Todo hablaba dulce a mi corazón  
temblando en los hilos de sonora seda  
con que el agua envuelve las cosas paradas  
como telaraña de armonía eterna.

Las rosas estaban soñando en la lira,  
tejen las encinas oros de leyendas,  
y entre la tristeza viril de los robles  
dicen los enebros temores de aldea.

Yo comprendo toda la pasión del bosque;  
ritmo de la hoja ritmo de la estrella.  
Mas decidme, ¡oh cedros!, si mi corazón  
dormirá en los brazos de la luz perfecta.

Conozco la lira que presientes, rosa;  
formé su cordaje con mi vida muerta.  
¡Dime en qué remanso podré abandonarla  
como se abandonan las pasiones viejas!

¡Conozco el misterio que cantas, ciprés;  
soy hermano tuyo en noche y en pena;  
tenemos la entraña cuajada de nidos,  
tú de ruiseñores y yo de tristezas!

¡Conozco tu encanto sin fin, padre olivo,  
al darnos la sangre que extraes de la Tierra;  
como tú yo extraigo con mi sentimiento  
el óleo bendito que tiene la idea!

Todos me abrumáis con vuestras canciones;  
yo sólo os pregunto por la mía incierta;  
ninguno queréis sofocar las ansias  
de este fuego casto que el pecho me quema.

¡Oh laurel divino, de alma inaccesible,  
siempre silencioso, lleno de nobleza!  
¡Vierte en mis oídos tu historia divina,  
tu sabiduría profunda y sincera!

¡Arbol que produces frutos de silencio,  
maestro de besos y mago de orquestas,  
formado del cuerpo rosado de Dafne  
con savia potente de Apolo en tus venas!

¡Oh gran sacerdote del saber antiguo!  
¡Oh mudo solemne cerrado a las quejas!  
Todos tus hermanos del bosque me hablan;  
¡sólo tú, severo, mi canción desprecias!

Acaso, ¡oh, maestro del ritmo!, medites  
lo inútil del triste llorar del poeta.  
Acaso tus hojas, manchadas de luna,  
pierdan la ilusión de la primavera.

La dulzura tenue del anochecer, cual  
negro rocío, tapizó la senda, teniendo  
de inmenso dosel a la noche, que  
venía grave, preñada de estrellas.

RITMO DE OTOÑO

1920.

A Manuel Ángeles.

Amargura dorada en el paisaje, el corazón escucha.

En la tristeza húmeda  
el viento dijo:  
-Yo soy todo de estrellas derretidas,  
sangre del infinito.  
Con mi roce descubro los colores  
de los fondos dormidos.  
Voy herido de místicas miradas,  
yo llevo los suspiros  
en burbujas de sangre invisibles  
hacia el sereno triunfo  
del Amor inmortal lleno de noche.  
Me conocen los niños,  
y me cuajo en tristezas.  
Sobre cuentos de reinas y castillos  
soy copa de luz. Soy incensario  
de cantos desprendidos  
que cayeron envueltos en azules  
transparencias del ritmo.  
En mi alma perdiéronse solemnes  
carne y alma de Cristo,  
y finjo la tristeza de la tarde  
melancólico y frío.  
Soy la eterna armonía de la Tierra,  
el bosque innumerable.

Llevo las carabelas de los sueños  
a lo desconocido.  
Y tengo la amargura solitaria  
de no saber mi fin ni mi destino-

Las palabras del viento eran suaves,  
con hondura de lirios.  
Mi corazón durmióse en la tristeza  
del crepúsculo.

Sobre la parda tierra de la estepa  
los gusanos dijeron sus delirios.

-Soportamos tristezas  
al borde del camino.  
Sabemos de las flores de los bosques,  
del canto monocorde de los grillos,  
de la lira sin cuerdas que pulsamos,  
del oculto sendero que seguimos.  
Nuestro ideal no llega a las estrellas,  
es sereno, sencillo;  
quisiéramos hacer miel, como abejas,  
o tener dulce voz o fuerte grito,  
o fácil caminar sobre las hierbas,  
o senos donde mamen nuestros hijos.

Dichosos los que nacen mariposas  
o tienen luz de luna en su vestido.  
¡Dichosos los que cortan la rosa  
y recogen el trigo!  
¡Dichosos los que dudan de la Muerte  
teniendo Paraíso,  
y el aire que recorre lo que quiere  
seguro de infinito!

Dichosos los gloriosos y los fuertes,  
los que jamás fueron compadecidos,  
los que bendijo y sonrió triunfante  
el hermano Francisco.  
Pasamos mucha pena  
cruzando los caminos.

Quisiéramos saber lo que nos hablan  
los álamos del río-

Y en la muda tristeza de la tarde  
respondióles el polvo del camino:  
-Dichosos, ¡oh, gusanos!, que tenéis  
justa conciencia de vosotros mismos,  
y formas y pasiones  
y hogares encendidos.  
Yo en el sol me disuelvo siguiendo al peregrino,  
y cuando pienso ya en la luz quedarme  
caigo al suelo dormido-

Los gusanos lloraron y los árboles, moviendo sus cabezas pensativos, dijeron: -El azul es  
imposible. Creíamos alcanzarlo cuando niños, y quisiéramos ser como las águilas  
ahora que estamos por el rayo heridos. De las águilas es todo el azul-

Y el águila a lo lejos:

-¡No, no es mío!

Porque el azul to tienen las estrellas  
entre sus claros brillos

Las estrellas: -Tampoco lo tenemos:

Está sobre nosotros escondido-

Y la negra distancia: -El azul

lo tiene la esperanza en su recinto-

Y la esperanza dice quedamente

desde el reino sombrío:

-Vosotros me inventasteis corazones-

Y el corazón: -¡Dios mío!

El otoño ha dejado ya sin hojas  
los álamos del río.

El agua ha adormecido en plata vieja  
al polvo del camino.

Los gusanos se hunden soñolientos  
en sus hogares fríos.

El águila se pierde en la montaña;

el viento dice: "Soy eterno ritmo."

Se oyen las nanas a las cunas pobres,  
y el llanto del rebaño en el aprisco.

La mojada tristeza del paisaje  
enseña como un lirio

las arrugas severas que dejaron  
los ojos pensadores de los siglos.

Y mientras que descansan las estrellas  
sobre el azul dormido,

mi corazón ve su ideal lejano

y pregunta:

¡Dios mío!

Pero, Dios mío, ¿a quién?

¿Quién es Dios mío?

¿Por qué nuestra esperanza se adormece

y sentimos el fracaso lírico

y los ojos se cierran comprendiendo

todo el azul?

Sobre el paisaje viejo y el hogar humeante

quiero lanzar mi grito,  
sollozando de mí como el gusano  
deplora su destino.  
Pidiendo lo del hombre, Amor inmenso  
y azul como los álamos del río.  
Azul de corazones y de fuerza,  
el azul de mí mismo,  
que me ponga en las manos la gran have  
que fuerce al infinito.  
Sin terror y sin miedo ante la muerte  
escarchado de amor y de lirismo.  
Aunque me hiera el rayo como al árbol  
y me quede sin hojas y sin grito.

Ahora tengo en la frente rosas blancas  
y la copa rebosando vino.

AIRE DE NOCTURNO  
1919.

Tengo mucho miedo  
de las hojas muertas,  
miedo de los prados  
lentos de rocío.  
Yo voy a dormirme;  
si no me despiertas,  
dejaré a tu lado mi corazón frío.

¿Qué es eso que suena  
muy lejos,  
amor? El viento en las vidrieras,  
¡amor mío!

Te puse collares  
con gemas de aurora.  
¿Por qué me abandonas  
en este camino?  
Si te vas muy lejos  
mi pájaro llora  
y la verde viña  
no dará su vino.

¿Qué es eso que suena  
muy lejos,  
amor? El viento en las vidrieras,  
¡amor mío!

Tú no sabrás nunca,  
esfinge de nieve,  
lo mucho que yo  
te hubiera querido  
esas madrugadas  
cuando tanto llueve  
y en la rama seca  
se deshace el nido.

¿Qué es eso que suena  
muy lejos,  
amor? El viento en las vidrieras,  
¡amor mío!

NIDO  
1919.

¿Qué es lo que guardo en estos  
momentos de tristeza?

¡Ay, quién tala mis bosques  
dorados y floridos!

¿Qué leo en el espejo  
de plata conmovida  
que la aurora me ofrece  
sobre el agua del río?

¿Qué gran olmo de idea  
se ha tronchado en mi bosque?

¿Qué lluvia de silencio  
me deja estremecido?

Si a mi amor dejé muerto  
en la ribera triste,  
¿qué zarzales me ocultan  
algo recién nacido?

OTRA CANCIÓN  
1919. (Otoño.)

¡El sueño se deshizo para siempre!  
En la tarde lluviosa  
mi corazón aprende la tragedia otoñal  
que los árboles llueven.

Y en la dulce tristeza del  
paisaje que muere mis  
voces se quebraron.  
El sueño se deshizo para siempre.  
¡Para siempre! ¡Dios mío!  
Va cayendo la nieve  
en el campo desierto  
de mi vida,  
y teme  
la ilusión, que va lejos,  
de helarse o de perderse.

¡Cómo me dice el agua  
que el sueño se deshizo para siempre!  
¿El sueño es infinito?  
La niebla lo sostiene,  
y la niebla es tan sólo  
cansancio de la nieve.  
Mi ritmo va contando  
que el sueño se deshizo para siempre.  
Y en la tarde brumosa  
mi corazón aprende  
la tragedia otoñal  
que los árboles llueven.

## EL MACHO CABRÍO

1919.

El rebaño de cabras ha pasado  
junto al agua del río.  
En la tarde de rosa y de zafiro,  
llena de paz romántica,  
yo miro  
al gran macho cabrío.

¡Salve, demonio mudo!  
Eres el más  
intenso animal.  
Místico eterno  
del infierno  
carnal

¡Cuántos encantos  
tiene tu barba,  
tu frente ancha, rudo Don Juan!

¡Qué gran acento el de tu mirada  
mefistofélica  
y pasional!

Vas por los campos  
con tu manada,  
hecho un eunuco  
¡siendo un sultán!.  
Tu sed de sexo  
nunca se apaga;  
¡bien aprendiste  
del padre Pan!

La cabra,  
lenta te va siguiendo,  
enamorada con humildad;  
mas tus pasiones son insaciables;  
Grecia vieja  
te comprenderá.

¡Oh ser de hondas leyendas santas,  
de ascetas flacos y Satanás  
con piedras negras y cruces toscas,  
con fieras mansas y cuevas hondas  
donda te vieron entre la sombra  
soplar la llama  
de lo sexual!

¡Machos cornudos  
de bravas barbas!  
¡Resumen negro a lo medieval!  
Nacisteis juntos con Filomnedes  
entre la espuma casta del mar,  
y vuestras bocas  
la acariciaron  
bajo el asombro del mundo astral.

Sois de los bosques llenos de rosas  
donde la luz es huracán;  
sois de los prados de Anacreonte,  
llenos con sangre de lo inmortal.

¡Machos cabríos!  
Sois metamorfosis  
de viejos sátiros

perdidos ya.  
Vais derramando lujuria virgen  
como no tuvo otro animal.

¡Iluminados del Mediodía!  
Pararse en firme  
para escuchar  
que desde el fondo de las campiñas  
el gallo os dice:  
¡Salud!, al pasar.

